

HOMENAJE A D. MIGUEL ABAD GAVÍN



IN MEMORIAM

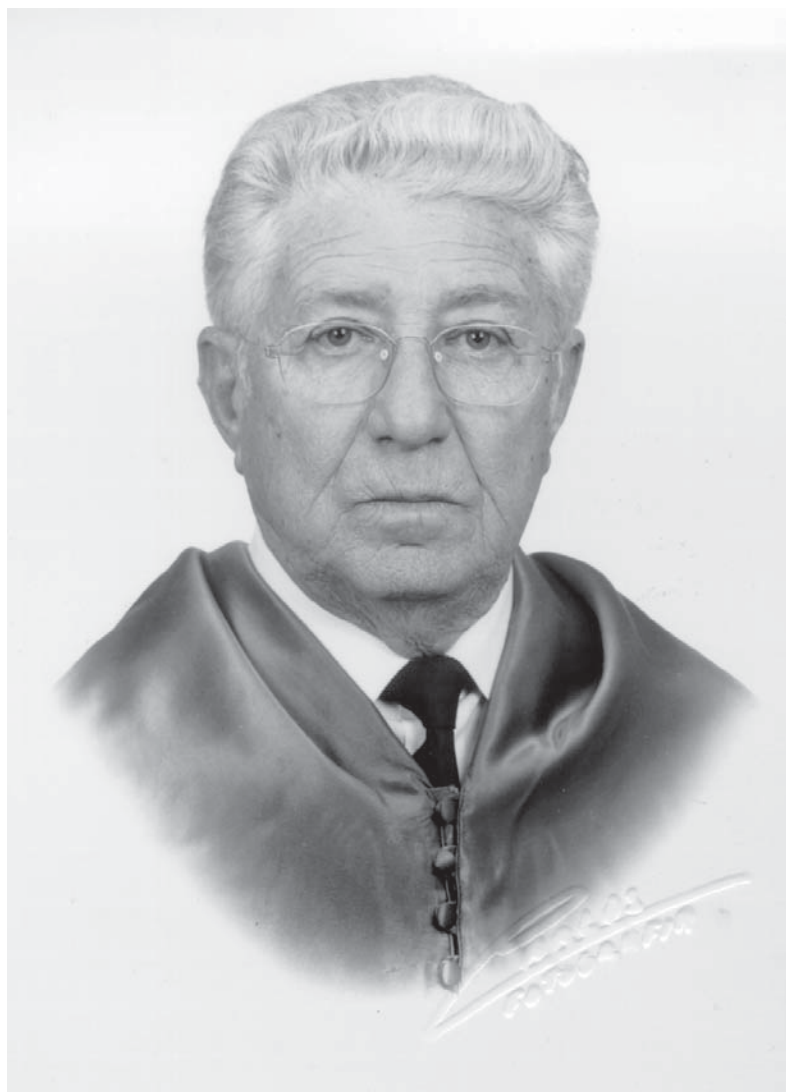
ACTO ACADÉMICO

PROF. DR. MIGUEL ABAD GAVÍN



UNIVERSIDAD DE LEÓN
Área de Publicaciones
2010

IN MEMORIAM
ACTO ACADÉMICO
PROF. DR. MIGUEL ABAD GAVÍN



D. Miguel vistiendo traje académico

INTERVIENEN:

Prof. Dr. D. Juan Francisco García Marín

Decano de la Facultad de Veterinaria

D. Carlos Llamazares González

Servicios Veterinarios Oficiales

Sanidad y Bienestar Social

Junta de Castilla y León

D. Ricardo González Paniello

Servicios Veterinarios Oficiales

Agricultura y Ganadería

Junta de Castilla y León

D. Enrique Rierola Roqué

Director Técnico del Instituto Bayer

Barcelona

Dr. D. Manuel Muñoz Rodríguez

Ex Jefe de Servicio de Medicina Interna

Hospital de León

Prof. Dr. D. Miguel Angel Vives Vallés

Unidad de de Cirugía y Patología Quirúrgica

Departamento de Medicina y Cirugía

Facultad de Veterinaria de Cáceres

Prof. Dr. D. Emilio Espinosa Velázquez

Unidad de Reproducción y Obstetricia
Departamento de Patología Animal
Facultad de Veterinaria de Zaragoza

Dra. Dña. Carmen Díez Monforte

Servicio Regional de Investigación y
Desarrollo Agroalimentario
Gijón

Dr. D. Luis Ángel Moreno Fernández-Caparrós

General Veterinario
Jefe de Apoyo Veterinario
Inspección General de Sanidad
Ministerio de Defensa

Prof. Dr. D. J. Carlos Domínguez Fernández-Tejerina

Unidad de Reproducción y Obstetricia
Facultad de Veterinaria de León

Prof. Dr. D. Juan José Badiola

Presidente del Consejo General de Veterinarios de España

Mgfc. y Excmo. Sr. D. José Ángel Hermida Alonso

Rector de la Universidad de León.

ÍNDICE

EN RECUERDO AL PROFESOR Y MAESTRO D. MIGUEL ABAD GAVIN	13
DR. D. MIGUEL ABAD GAVÍN	19
SIEMPRE	27
GRACIAS “MIGUEL”	31
HASTA SIEMPRE	35
QUERIDO MIGUEL:	39
A DON MIGUEL ABAD	43
EN MEMORIA DE UN ARAGONÉS ILUSTRE	49
<i>IN MEMORIAM</i> DEL PROFESOR DR. D. MIGUEL ABAD GAVIN	55
DON MIGUEL	63
EL PROFESOR DR. D. MIGUEL ABAD GAVÍN HA MUERTO	71
MIGUEL ABAD GAVÍN Y SU CONTRIBUCIÓN AL PRESTIGIO DE LA VETERINARIA MILITAR ESPAÑOLA	79
MIGUEL ABAD GAVÍN, MAESTRO Y PADRE CIENTÍFICO	85
MIGUEL ABAD Y SU PAPEL EN LA ORGANIZACIÓN COLEGIAL VETERINARIA ESPAÑOLA	97
CLAUSURA DEL HOMENAJE AL EXCMO. SR. DR. MIGUEL ABAD GAVÍN	103
ANEXOS	105

Dr. D. Juan Francisco García Marín
Decano de la Facultad de Veterinaria de León

EN RECUERDO AL PROFESOR Y MAESTRO D. MIGUEL ABAD GAVIN



Año 1973. D. Miguel como Decano de la Facultad de Veterinaria

Conocí personalmente a Miguel Abad hace casi 30 años, en 1981, en el transcurso de un Congreso Veterinario celebrado en Barcelona. Con su cortesía y amabilidad natural nos invitó a cenar y a discutir sobre un proyecto de revista profesional que recogiera aquellos trabajos realizados en las Facultades y por profesionales veterinarios españoles. En mi caso, como alguien que iniciaba sus pasos en la Universidad, me impresionó su claridad de ideas y su conocimiento de la profesión veterinaria, pero sobre todo, su cercanía y su llaneza al hablar con un joven inexperto que agradecía simplemente el poder escucharle. No había tenido la suerte de tenerlo como profesor, pero había oído mucho sobre él y conocía sobradamente su valía y el respeto y cariño que le profesaban sus alumnos y los veterinarios que habían tenido la enorme suerte de disfrutar de su magisterio en la Facultad de Veterinaria de León. D. Miguel Abad nos privó de ese privilegio a los estudiantes de Zaragoza, de donde partió en 1971 hacía

León para ocupar la Cátedra de Cirugía y Reproducción. A su llegada coincidió con varios de los profesores que marcaron una época excelente en la Facultad de Veterinaria, y que él contribuyó decisivamente a engrandecerla. El prestigio y el respeto que ha llegado a tener D. Miguel Abad, gracias a su conocimiento, al trabajo constante y bien hecho, y a su carácter generoso, constituyen un ejemplo que nos gustaría seguir a los que nos dedicamos a la misma profesión que él.

Recuerdo cuando, como él en su día, llegué a la Facultad de Veterinaria de León procedente de la de Zaragoza. D. Miguel Abad, aragonés que nunca perdió ni su acento ni su nobleza, me recibió y animó constantemente, aconsejándome en todo momento en mi trabajo y en mis inicios en la Universidad de León. También conté siempre con su apoyo constante en la faceta familiar, que tanto tengo que agradecer a él y a su mujer, María. Constantemente observé en él ese comportamiento noble, amable y desprendido con sus amigos y compañeros, como el caballero que siempre fue. A los que tuvimos la suerte de conocerle y compartir con él algunos momentos, nos ofreció el mejor ejemplo a seguir.



Toma de posesión como Vicerrector de la Universidad de Oviedo para los Centros de León. Año 1975

D. Miguel Abad fue uno de los mejores, si no el mejor, en su especialidad, recordado por sus enseñanzas, sus trabajos, sus investigaciones y sus intervenciones en diferentes especies animales, como en el ganado vacuno,

pero es el caballo el que seguramente fue su auténtica pasión profesional. Sus conocimientos de todos los aspectos relacionados con este animal, así como sus trabajos y publicaciones sobre el mismo lo corroboran. Fue pionero en España en la realización de técnicas y trabajos relacionados con su especialidad y estudió exhaustivamente todo lo referente a este animal. Me gustaría citar una anécdota ocurrida hace unos años en Valladolid, donde tenía que impartir una conferencia a veterinarios y criadores. Antes de la misma y por diversas razones no pudo disponer de ningún soporte visual, en los que tanto nos apoyamos los demás. Comenzó a hablar y a describir de forma tan amena y detallada la historia y particularidades del caballo español, que cuando quiso poner fin a su charla por razones de horario, los allí presentes le rogaron que continuara y no se preocupara por el tiempo, puesto que poca veces tendrían una oportunidad igual.

D. Miguel Abad, Catedrático de la Facultad de Veterinaria de León, fue también Decano de la misma entre 1973 y 1975. Antes desempeñó diferentes ocupaciones relacionadas con la profesión veterinaria y también fue Presidente del Colegio Oficial de Veterinarios de León durante 19 años, estando en todo momento relacionado con la profesión y sus inquietudes y problemas. Hijo de veterinario, los suyos, Francisco y Miguel, también lo son y han tenido la suerte de tener al mejor maestro.

Hasta el último momento, D. Miguel Abad, vivió intensamente su profesión, participando en diferentes actividades como en un tribunal de Tesis Doctoral, pocos días antes de su triste pérdida. Unos meses antes, con motivo de un ciclo de conferencias dirigidas a los distintos estudiantes de la Universidad de León, nos habló sobre el caballo español. Las primeras filas del Paraninfo de la Facultad las llenaban los alumnos de los últimos cursos de veterinaria, atendiendo con interés su charla, que con más dificultad de la habitual, pero tan maravillosamente como siempre, nos iba impartiendo. Estoy seguro que ese día, rodeado de los jóvenes estudiantes a los que siempre atendió, disfrutó enseñando todo lo que él sabía.

He querido escribir esta breve nota desde un punto de vista más personal, estando seguro que otros glosarán y detallarán mejor que yo todos sus numerosos méritos profesionales y académicos. Para mí Miguel Abad fue siempre esa persona cabal a la que sabía que podía acudir en cualquier momento, en busca de apoyo, conocimiento y consejo, con la certeza de que lo obtendría. Muchas gracias Miguel, nunca podremos agradecerte suficientemente lo que hiciste por tantas generaciones de veterinarios.

D. Ricardo Miguel González Paniello
Servicios Veterinarios Oficiales
Agricultura y Ganadería
Junta de Castilla y León

DR. D. MIGUEL ABAD GAVÍN

España comenzaba a vivir unos momentos convulsos y especialmente difíciles en las universidades, cuando desde tierras mañas llegó a nuestra querida y antigua Facultad de Veterinaria de León, un nuevo profesor con aspecto adusto y con cara de pocos amigos. Aquí el refranero se equivocaba totalmente pues lo de que “la cara es el espejo del alma” no encajaba para él y el tiempo así lo demostraría.

Corría el año 1.976 cuando me integré en la Cátedra de Cirugía y Reproducción como alumno interno, con las ansias propias de un joven estudiante por aprender todo aquello que me podía transmitir tan docto cuadro de profesores: Dr. D. Miguel Abad, Dr. D. Laureano Ovejero, Dr. D. José Manuel Gonzalo, Dr. D. Ángel Alonso, Dr. Tejerina, Dra. Lina...

Pronto me di cuenta que pertenecer a aquella Cátedra era algo más que estudiar, que ayudar en las consultas y en el quirófano..., era también una escuela de la vida donde el problema de uno de nosotros era el problema de todos, donde te ilustrabas en todo aquello que no viene en los libros ni en las tesis doctorales, en fin, una familia.

Detrás del duro rostro de D. Miguel, de sus pobladas cejas y bigote castrense, se escondía un gran corazón, al más puro estilo aragonés. Pero esto lo fui descubriendo poco a poco porque su aparente carácter de hombre seco e introvertido, no era más que el reflejo de las malas jugadas que la vida le había deparado recientemente.

Virtudes muchas y defectos también, ¡como no!

Fueron muchas las personas sin nombre, anónimos que supieron lo que era la verdadera caridad y solidaridad practicada por un gran creyente que llevaba a la práctica su doctrina cristiana. Su despacho parecía una sucursal de Cáritas (particularmente famosa era, la denominada por nosotros, “pobre de D.Miguel”).

Muy pocos departamentos tenían las puertas abiertas a los alumnos como las tuvieron con él. La verdad es que su aspecto imponía y costaba un triunfo

entrar a pedirle que te cambiara la fecha de examen porque te coincidía con otro, o porque era el momento de la labranza en el pueblo, la mili, etc...pero no recuerdo que se lo negara a nadie.

Hace ahora tres años que mi promoción celebró las bodas de plata. Fue muy grato el reencuentro con los compañeros, pero aún más cuando recordábamos a nuestros profesores y comprobé que D. Miguel había dejado una gran impronta como maestro y aún más como persona.

Su dedicación a la docencia y la investigación fue casi absoluta, y su perseverancia revolucionó importantes campos en la medicina e investigación veterinarias, transformando en puntera la clínica y la cirugía, principalmente la ejercida a diario por el veterinario rural. Las suyas fueron hornadas de alumnos que supieron transformar las cuadras en improvisados e higiénicos quirófanos, con pobres medios pero con jóvenes expertos que ante los asombrados ojos de los ganaderos, lo mismo hacían una cesárea que fijaban un cuajar o programaban la fecha del parto de las vacas.

Le brillaban los ojos de forma especial cuando le llamabas para decirle: D. Miguel ha llegado un caballo... Ahí estaba en su salsa y no podía disimular la sangre de albéitar y de caballero que había heredado.

Cuando se centraba en un tema se olvidaba de horarios, de sábados, de festivos, de inconvenientes. Ese pilar básico de la autodisciplina y vocación para los futuros profesionales de la veterinaria, también lo supo transmitir.

Para los más jóvenes, es importante recordarles que la Universidad de aquellos años se parece poco a la actual. Como todo en la vida tenía cosas buenas y cosas malas, probablemente más buenas.

Los recursos económicos de la Facultad eran escasos pero se suplían con altas dosis de imaginación e ingenio. Los sufridos visitantes veterinarios debían sudar la gota gorda cuando traspasaban las puertas de aquella Cátedra, pues sabían que el “muestrario” o los productos de propaganda iban a sufrir una merma importante. El caso era que las prácticas de los alumnos y la clínica pública dispusieran de unos mínimos.

Aún recuerdo el correo que nos cayó al compañero y también alumno interno Santiago Trobajo y a mí, cuando un día a primeras horas de la mañana, D. Miguel se dispuso a visitar el box de una vaca frisona convaleciente de un desplazamiento de cuajar, y cuál fue su sorpresa al ver que el animal lucía un abanico de colores en donde debían estar las manchas blancas. La explicación

es que la noche previa a los “hechos”, Santiago y yo nos pasamos por una de las tan afamadas fiestas de Veterinaria, volviendo más tarde a cuidar a la enferma, y nuestra alegría se la quisimos transmitir al triste animal decorándole con unas tizas de colores de D. Laureano Ovejero. Entre los vapores etílicos y el amanecer que se echaba encima, se nos olvidó devolver el berrendo original al animalito.

La primera impresión es que nos íbamos derechitos a galeras después de gastar una pastilla de jabón lagarto para deshacer el *graffiti* viviente. Transcurridos unos días en los que éramos incapaces de mirar a los ojos al “Jefe”, él entró en nuestro despacho y con actitud entre seria y tajante nos dijo: cerrar los libros que os invito a un “chato”. Ese era D. Miguel.

Un poco más adelante se unió al Departamento otro alumno interno, Alfonso Fernández, bautizado cariñosa y familiarmente como el “Animal”, debido a su delicado y exquisito tacto para decir y hacer las cosas, y ya no se separaría del grupo.

D. Miguel también tuvo sus escauceos en la política, pero pronto saldría escaldado, precisamente por uno de sus defectos, la sinceridad y el ser directo. Precisamente este es el mayor error que puede cometer alguien que quiere participar en ese mundo. Decía: vengo de tal reunión en tal sitio y al final les tuve que mandar a la m...

Durante bastantes años colaboró, a modo de consejero, con la cúpula de la Junta de Castilla y León en cuestiones de sanidad y ganadería, para sacar adelante temas trascendentales relacionados con la profesión veterinaria. Participó activamente en las crisis sanitarias de las vacas locas, la peste equina, la brucelosis, las dioxinas...y un largo etcétera.

Ahora que ha pasado el tiempo, creo que es hora de recordar para unos o bien dar a conocer a otros, que D. Miguel fue el precursor de la mayor empresa de servicios veterinarios de Castilla y León, AVESCAL, con más de un centenar de compañeros que encontraron trabajo en unos momentos de plétora tan difíciles.

En tres días y a contrarreloj convenció al Consejero de Agricultura y Ganadería, por aquellas fechas D. José Valín, para que los veterinarios que habían prestado individualmente sus servicios en campañas de saneamiento ganadero, crearan una figura legal a modo de cooperativa o sociedad de servicios y su nueva empresa tuviera las máximas posibilidades a la hora de

competir. A fecha actual, esa empresa se ha hecho realmente puntera y goza de una experiencia y un nivel técnico difícilmente superables.



D. Miguel en su despacho de la antigua Facultad de Veterinaria

En el plano más personal se iba a producir un acontecimiento, o mejor dicho, un milagro (como D. Miguel lo catalogó en muchas ocasiones) comparable al de la aparición de su querida Pilarica, sólo que ésta se llamaba María. Quizás por joven o despistado (tengo bastante empanada según Lina), o porque D. Miguel era muy reservado respecto a su vida particular, no me enteré de su boda hasta unas semanas antes de su celebración. Lo que sí había notado era un cambio radical en su forma de vestir, de peinarse...y sus duras facciones se transformaron en una sonrisa radiante. Había abandonado los oscuros trajes de rayas por unos Azul de Gales, y por fin presumía de la percha con la que Dios le había agraciado.

Verdaderamente la fortuna no acabaría ahí y pronto llegaron dos hijos como dos soles, Miguelín y Curro, Curro y Miguelín. Su sueño se había hecho realidad y más aún cuando llegó a verlos hechos todo unos veterinarios. La saga Abad no se perdería.

La inquietud innata de D. Miguel le animó a presentarse para Presidente del Ilustre Colegio Oficial de Veterinarios de León, ganó, también nos representó

en Castilla y León, y volvió a ganar y ganar, y así viajes y más viajes que sólo gracias a su fortaleza física innata consiguió que no le flaquearan las piernas.

El tomar un rumbo laboral distinto al de la docencia universitaria, no supuso en ningún momento mi distanciamiento con la Cátedra y mucho menos con D. Miguel, al cual tanto yo como otros compañeros buscábamos casi a diario en el citado Colegio para tomar el aperitivo. Allí lo mismo nos contaba las últimas novedades del litigio con su “Borregón del alma” que nos anticipaba la última sobre una futura reestructuración de los Servicios Oficiales Veterinarios, o que los ingleses o los holandeses estaban a punto de comercializar una prostaglandina, un esteroide... ¡Cuántas servilletas de papel gastó con sus ciclos metabólicos, sus teorías, sus cuerpos lúteos...!. ¡Que es levógiro y tiene un OH aquí pero el otro allá...!. Lo vivía.

Como buen estratega, seguramente debido a su formación militar a la que cambió por la docencia y la investigación, se supo rodear de un grupo de veterinarios de lo más variopinto para sacar adelante las tareas del Colegio, y sobre todo de personas con ilusión y ganas de hacer. Además de representar al Colegio, una mayoría se hicieron sus amigos incondicionales.

Aquí tenemos que destacar entre otros muchos a Ángel “El Pampa”, Charli Bierzo Puro, Jesús Mencía, Chema, José Luis, Norberto... y sujetando los pilares del Ilustre Colegio, como no podía ser de otra manera, Lourdes (Virgen de Fátima en muchas ocasiones para el despistado D. Miguel), y por supuesto Gerardo.

Supo combinar los altos sillones con los taburetes de chigres, exquisitas cartas con menús del día, siempre acomodándose a las circunstancias y disfrutando de ellas. Era feliz cuando nos acompañaba a las ferias y en particular a la de Riaño, aguantando como un espartano la lluvia o la nieve, pero le compensaba porque había visto unos caballos que después eran el tema de conversación durante varias semanas.

He intentado resumir en unos pocos renglones todo lo que recuerdo con más cariño de la etapa de mi vida en la que D. Miguel estuvo presente, y he querido adornarla con pinceladas de humor como a él le gustaba. Aún tengo grabadas en los tímpanos sus carcajadas cuando contábamos un chiste o una picardía.

Su falta ha supuesto otro duro golpe más en la lista de queridos amigos que se han marchado en tan solo tres años. La primera en irse fue su áspera pero entrañable Dulce que sentía devoción por D. Miguel y él por ella. Le siguió

Toño (Peri), antítesis en casi todo de D. Miguel, pero inseparables. Y hace poco más de un año nos abandonó Manuel Álvarez, insigne ingeniero agrónomo, ex Director General, jefe de no sé cuantas cosas, pero ante todo fue Manolo, gran amigo de los veterinarios al que para tomarle el pelo D. Miguel, con su particular retranca, le decía que para ser el “hombre perfecto” sólo le faltaba haber sido veterinario.

Quizás su marcha me ha pillado más curtido por todo lo acontecido y que acabo de narrar. Además, los años van pesando aunque es posible que se haya puesto en funcionamiento algún chip de mis neuronas, y ahora empiece a comprender que la vida no es más que un mero trámite para algo mucho más duradero y sin fecha de caducidad. Y si no fuera así, los momentos que he recordado no me los va a quitar nada ni nadie, vividos están y además rodeado de aquéllos a los que he querido.

Ahora D. Miguel estará diciendo ¡maño qué brutico que eres, no cambias!

María, Miguel, Francisco, amigos, compañeros, gracias por escuchar mis vivencias al lado de Miguel Abad Gavín, y si mi narración o el contenido no ha sido el más adecuado para esta ocasión, lo siento pero no tengo otro y es el que es.

D. Miguel, Miguel, gracias por haberme dejado conocerte. Nos vemos.

D. Carlos Llamazares González (Charly)

D. Jesús Mencía Cembranos

Servicios Veterinarios Oficiales

Sanidad y Bienestar Social

Junta de Castilla y León

SIEMPRE

SIEMPRE recordaremos a Miguel como amigo. Parece mentira que habiendo sido nuestro Profesor, nuestro Presidente del Colegio y con una diferencia de edad por la que podíamos haber sido sus hijos, sintamos su falta, sobre todo, como amigo.

Recuerdo muchas pequeñas cosas difíciles de explicar para poder transmitir nuestros sentimientos, pero siempre que estábamos con Miguel nos encontrábamos a gusto. Nos tomábamos unos vinos juntos y a escondidas fumábamos algún que otro cigarrillo, siempre había algo que charlar o que comentar. Su mayor interés eran los problemas de los demás compañeros y cualquier tema que tocara la veterinaria.

Recuerdo esa sensación que transmitía a los demás de lo importante que eran ellos, y sin darnos cuenta te arrojaba para que estuvieras a gusto con lo que hacías, ya fuera en la clínica diaria o en los actos del colegio.

Sus luchas fueron nuestras luchas y las hicimos tan nuestras que la ideología quedó en segundo plano superada por el interés de la amistad, la profesión veterinaria y del Colegio de León.

Nos comentaba un día que varios compañeros le habían preguntado por qué llevaba en su lista de la Junta del Colegio a varias personas con distinta ideología a la que dichas personas juzgaban que él tenía. Y él les respondía que sólo llevaba a compañeros veterinarios a los que les gustara trabajar y quisieran a su profesión, y no a otros que quisieran figurar y sacar todo el beneficio para sus intereses particulares. Y que de todas maneras, había comprobado que esto siempre había funcionado, que cuando la gente se unía por una causa común, lo importante era dicha causa y no la ideología. Siempre juzgó por los hechos y no por lo que los demás dijeran de nadie.

Siempre pendiente de María y, al mismo tiempo, como un niño pequeño escondiendo el cigarrillo si ella llegaba.

Como buen veterinario nunca dijo no a un buen vino acompañado de un compañero y siempre, hay que reconocerlo, los vinos no se bebían, se charlaban... Y se charlaban los que hicieran falta.



Celebración de S. Francisco de Asís. Año 2000

Si algo define a Miguel es la palabra Bueno. Estuviera donde estuviese y con quién estuviese, sus compañeros veterinarios eran saludados y reconocidos por él. Siempre daba un paso hacia donde estabas para saludarte, para preguntarte por tu vida o para interesarse por tus problemas que aunque tú no se les hubieses contado él ya los conocía. Interesado por sus compañeros y amigos, no perdía atención de todo lo que ocurría en su entorno ya fuese laboral, profesional y sobre todo de amistad, algo que te hacía sentirle muy cerca de ti, y tus problemas eran más pequeños después de la charla con Miguel. Todo se diluía y parecía que se podría disolver, arreglar o solucionar una vez que él te animaba y te decía: yo creo que se puede solucionar.

Las anécdotas con Miguel fueron muchas y siempre le gustaba escuchar los últimos chistes, ya fueran tan malos como los de Norberto o tan picantes como los de Dulce.

Cualquier caso clínico que tú le preguntaras te daba soluciones que hacía poner en tu boca y no en la suya.

No me acuerdo nunca verlo enfadado, sí preocupado y sobre todo a nivel del Consejo con sus renovaciones, con Borregon y Cia y con las reuniones con el resto de presidentes, en las cuales primaban los intereses de los veterinarios y los intereses del Colegio de León. Aceptando acuerdos de las reuniones de la Junta que daban lugar a acciones duras, que él siempre apoyó a pesar de tener que dar la cara para explicarlas en Madrid.

Todo al lado de Miguel resultaba más fácil.

D. Norberto González Alonso
Hospital Clínico Veterinario
Universidad de León

GRACIAS “MIGUEL”

Recuerdo decir a mi padre, cuando yo cursaba los estudios de Veterinaria, que había llegado a León un nuevo Catedrático, Veterinario Militar por cierto y procedente de Zaragoza, del que sabía era un gran cirujano y especialista en caballos.

Pronto conocí a D. Miguel Abad, un Profesor al que nunca fui capaz de tutear, y no porque él no me lo pidiera, pero era una de esas personalidades a las que su nivel humano y profesional, a los que somos de mi generación, nos es muy difícil tratar de tú.

Creo que ya desde la carrera le tomé un especial aprecio, siendo uno de los pocos profesores al que, cuando empecé a ejercer, realizaba frecuentemente consultas sobre los casos clínicos, principalmente de vacuno, que era en lo que estaba trabajando en aquel momento. Asimismo, siempre me admiró su manejo de la clínica de caballos, dejándome impresionado sobre todo, el verle aplicar puntos de fuego en las extremidades de los equinos.

Creo que la estima que surgió por entonces, lo fue de forma recíproca, y si bien cuando comencé a ejercer en Clínica de Pequeños Animales yo era un asiduo a la hora del vino en la antigua sede del Colegio de Veterinarios, me sorprendió cuando D. Miguel me propuso el acompañarle en la candidatura que presentó a las elecciones del Colegio allá por el año 1.989. Aunque me costó decidirme, me involucré en aquel proyecto, y fue cuando pude apreciar la dedicación y el cariño que D. Miguel tenía tanto a nuestra profesión, como a todas las personas que formamos parte de ella, defendiendo siempre a capa y espada a los veterinarios, siendo esta la principal causa de su eterno enfrentamiento con el por aquel entonces Presidente del Consejo D. Antonio Borregón, al considerar D. Miguel que esta persona no había protegido como debía a un veterinario, al que por entonces le surgió un problema de tipo legal.

Era D. Miguel asimismo un gran defensor de su familia, a la que anteponía por encima de todo, siendo creo yo, una si no la mayor alegría de su vida el nacimiento de sus dos hijos. Tanto es así que pienso que ellos influyeron en el aprobado de la asignatura de Reproducción, tanto mía como de mis compañeros de curso, pues Miguel y Curro nacieron un día antes del examen,

y toda la clase felicitamos en bloque a nuestro Profesor mediante un escrito en el encerado, además de regalarle, tras escote general, un bonito ramo de flores, cosa que sirvió para que nuestros conocimientos en la asignatura aumentaran sobremanera: todos aprobamos aquel examen. He de aclarar que D. Miguel, cuando yo le comentaba esta anécdota nunca reconoció que hubiera sucedido así, por lo que pienso que tal vez sea yo el que pueda estar equivocado.



A pesar de la diferencia de edad, tal como Charli dice, creo que existía una íntima amistad, que surgió de forma espontánea y que se alargó hasta el mismo día de su desaparición. Daba gusto charlar con él en cualquier momento, disfrutando de su agradable conversación, que casi siempre acababa dirigida hacia algún aspecto de nuestra profesión, y desde luego se le notaba el cambio en el semblante cuando el tema se refería a los caballos, especie ésta sobre la que era un erudito. Simplemente recordar que no hace muchos meses pudimos asistir a una amena conferencia, en el Paraninfo de su querida Facultad, sobre el caballo a lo largo de la Historia de España.

Finalmente, me gustaría destacar un aspecto al que yo le doy un gran valor dentro del carácter de cualquier persona y que se refiere al sentido del humor. No se prodigaba mucho, pero de vez en cuando contaba algún chiste que nunca te hubieses imaginado saliera de una persona tan llamémosle “seria” como era D. Miguel. Yo aún podría contar tres o cuatro que él contó hace muchos años y que cuando yo los repito siempre empiezo diciendo: “sabes este que contaba D. Miguel Abad ...”.

Desde luego aunque su pérdida ha supuesto una gran pena, me consuela el haber tenido el privilegio de compartir con una persona como ésta, una de las etapas más importantes de mi vida.

Gracias D. Miguel, o mejor y por una vez solamente, aunque a Lina no le guste: ***Gracias Miguel.***

D. Enrique Rierola Roqué
Química Farmacéutica Bayer, S.A.
Barcelona

HASTA SIEMPRE

Quisiera relataros alguna de mis vivencias con D. Miguel Abad que se inician en la etapa estudiantil.

Por supuesto empiezan en Zaragoza y en la Facultad de Veterinaria. Diariamente veíamos llegar con su traje gris de capitán a Miguel Abad y dirigirse al Departamento de Cirugía, no llamaba la atención ni se significaba ostensiblemente, estaba preparándose para la Cátedra de Cirugía.

Fue en cuarto de carrera, y por unas vicisitudes que acontecían en aquellos tiempos en la Facultad de Zaragoza, lo que nos motivó a pedir el traslado a la Facultad de León. Entretanto Miguel (Don Miguel) ganaba la oposición a la Cátedra de Cirugía y Obstetricia de esta Facultad.

Cumplidas las diligencias de traslado y matrícula, nos fuimos a saludar al también recién llegado, pero con otros honores, a la misma Facultad.

D. Miguel era hombre de palabras suficientes, oportunas, medidas y amables. Le expusimos nuestras inquietudes respecto al alojamiento, a la organización y al cambio. Nos escuchó para luego tomar la palabra y plantearnos:

Las necesidades primarias de alojamiento y organización, se solucionarían ocupando una dependencia del Departamento de Cirugía y Obstetricia sito justo debajo del hall de la Facultad; deberíamos acondicionarlo como dormitorio y habilitar una salita anexa como cuarto de estudio; dependencias higiénicas, las propias del Departamento; la responsabilidad y justificación de uso era como internos del Departamento con obligaciones en todas las prácticas, urgencias e ingresos del consultorio externo. Es decir, además de solucionarnos un problema, nos brindó la mejor oportunidad de aprendizaje en Cirugía y Obstetricia que ningún otro estudiante podía tener.

La parte más afectiva y entrañable fue cuando Don Miguel directamente nos dijo que ya que estábamos lejos de nuestras familias, en una nueva situación, y nos vinculábamos a su Departamento, él adquiriría unas responsabilidades, tanto desde el punto de vista estudiantil como personal, y asumió una función casi paternal con nosotros.

Durante el curso se practicaron cerca de 60 cesáreas a vacas, unas cuantas ruminotomías, “saltos de cuerda”, tratamientos y suturas de heridas en caballos, etc.

Fue D. Miguel un gran cirujano, iba abriendo las distintas capas de piel, músculo, peritoneo con tal pulcritud y sencillez, y lo hacía tan fácil y ordenadamente, que luego cualquiera podría trasladarlo a la práctica aunque algunas veces el resultado no sería el mismo; en las suturas de las capas que había abierto, era exacto en la distancia entre punto y punto, regular en el ritmo y no daba el trabajo por terminado hasta la sutura de la piel con la inclusión de los célebres “lechinos” que luego coloreaba con spray de genciana y antibiótico.

Durante las intervenciones estaba por la labor y exigía que todo el mundo a su alrededor estuviese dedicado y concentrado. Un día en la apertura de un absceso umbilical a un ternero, estaba yo instrumentándole y en cuanto abrió, la pestilencia del contenido me hizo retirar la cabeza del campo operatorio, a lo que D. Miguel me dio réplica diciéndome que respirase por la nariz y cerrase la boca, fue una lección práctica de cómo superar situaciones como aquella.

Era todo un espectáculo ver a Don Miguel dirigiendo la colocación de los consabidos “trabones” para inmovilizar a un caballo, y la precisión y cuidado con que dirigía el derribo del animal.

Don Miguel fue también el que marcó las pautas de uso de las prostaglandinas en España. La empresa que dispuso de ese medicamento lo puso en sus manos para valorar y conocer el interés y el uso que podría tener en el campo veterinario, fue un auténtico experto y quien más supo de este tema. Hoy en día todos los veterinarios y ganaderos le deben algo en este aspecto: se ha acabado con las retenciones de placenta tan desagradecidas y de riesgo para el futuro productivo de la vaca. Sus explicaciones al respecto del tema, eran una lección magistral, novedosa y práctica.

Otra faceta de Don Miguel es que era madrugador, sus clases de Obstetricia empezaban a las 9 y si alguna que otra vez, por “dificultades” inherentes al día anterior, no asistíamos a clase, aparecía él y con un lacónico “venga chicos que hay trabajo” nos ponía en circulación de forma comprensiva y sin recriminaciones.

Posteriormente, tanto a nivel profesional como personal, tuve varias ocasiones en que compartimos muy buenos ratos, era un gran conversador, ameno, ocurrente, disfrutaba con las pequeñas cosas, y rehuía totalmente la crítica destructiva.

Me gustaría poder seguir hablando y contando vivencias con D. Miguel Abad Gavín, quien para mí fue como un padre y gran amigo.

Quisiera dedicar estas palabras a sus hijos Miguel y Francisco, y a María, quien fue su gran compañera.

Hasta siempre D. Miguel.

Dr. D. Manuel Muñoz Rodríguez
Servicio de Medicina Interna
Hospital de León

QUERIDO MIGUEL:

Te resultará raro recibir esta carta desde este valle de lágrimas. Ya sé, el género epistolar ha caído en desuso, su puesto lo han tomado los teléfonos móviles que no requieren devaneos del magín, solo palabras vacuas.

Por eso he recurrido, de acuerdo con antiguos cánones, a manifestarte mi recuerdo más emotivo desde que decidiste abandonar este itinerario transitorio que nadie puede eludir.

Creo que recibirás esta misiva que he enviado, ¡faltaría más!, al valle de los justos, donde seguro habrás asentado sin problemas.

¡Quiero recordar tantas cosas! Pero voy a resaltar aquellas que considero más destacadas durante los treinta y cuatro años que tuve la fortuna de compartir horas comunes.

¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro? Fue al año 1975. Yo acababa de incorporarme al Servicio de Medicina Interna de la Residencia Virgen Blanca. Mi formación profesional había tenido lugar en la Facultad de Medicina de la Universidad de Navarra y entre mis aficiones estaba la investigación.

Fue el director del hospital quien me dirigió a ti. Mi primera entrevista fue definitiva, nada más mirarte a los ojos pude, en sentido coloquial, calarte. Estaba frente a un hombre justo, calificativo que pude mantener a lo largo de todos los años en los que fueron apareciendo la inquietud por investigar: primero los problemas del yodo en la patología animal que dieron lugar a una Tesis Doctoral y otros trabajos. Como anécdota, un día me atreví a llevar a un médico del Servicio, quien al manipular a una rata Wistar dentro del laberinto, salió casi corriendo al subirle por el brazo.

Luego hicimos los trabajos sobre regeneración hepática enfrentándolos al crecimiento fetal. Motivo de una Tesis Doctoral y publicación de varios trabajos.

Finalmente iniciamos los trabajos sobre hipertensión y gestación que han sido motivo de varias publicaciones. Por supuesto que para el desarrollo de estos trabajos contamos con estupendos colaboradores y al frente de ellos, Lina.

Pero junto a esta labor investigadora de la que fuiste entusiasta empedernido, existen facetas que representan aquello que me permitió considerarme privilegiado, como fue aprovecharme de tu amistad. Cuando intento precisar aspectos de esta relación amistosa quiero recordar dos anécdotas que la reflejan ajustadamente. Apenas unos años de iniciada nuestra amistad, un hijo mío en edad adolescente se construyó una cabaña con troncos de pinos talados en un pinar próximo a León. Sin saber cómo, te enteraste de la travesura y con apenas ruido me resolviste el conflicto intrascendente. Otra vez, durante una comida en Gijón, a la que invitaste (por cierto un restaurante de alto copete), uno de mis hijos que nos acompañaba, tuvo la osadía de pedir langosta y a pesar de su corta edad, volviste a mostrarte magnánimo.

Me sorprendiste por tu amor a los caballos, y realmente en varias ocasiones he pensado en ti como el hombre amigo de los caballos. Siempre pendiente de su estado físico para un mejor rendimiento en las pistas de Gijón, y dispuesto a acudir en ayuda de cualquier tipo de lesión como experto en la materia. Recuerdo el valor del caballo en la historia de España (así titulaste un libro del que poseo un ejemplar que gentilmente me regalaste), su trascendencia en la batalla de Aljubarrota, decisiva para la separación de Portugal, y del avance que la herradura significó para los Hunos en sus razias por Europa.

Tampoco olvido tus dos libros de cabecera o de mesilla de noche: “La creación” de Gore Vidal y el famoso de E. Gibbon “La caída del Imperio Romano. De verdad era una delicia enriquecedora cuando discutíamos sobre la importancia que para el conocimiento humano tienen estas dos obras trascendentales

Finalmente quiero recordarte que fui tu médico y tú un paciente modélico. Te diagnosticué tu enfermedad de alto riesgo, que tú podías perfectamente valorar, porque al fin y al cabo eras profesional sanitario y también te habías unido a María que tanto te ayudó durante los años que convivisteis gozosos. Pues bien, estoy muy satisfecho de tu comportamiento como paciente. Te controlé muchas veces y te visité en numerosas ocasiones compartiendo los momentos más complicados hasta los últimos días, cuando de modo silencioso nos abandonaste dejando un hueco entre los que de verdad te apreciamos.

Por todo ello en el recuerdo quiero hacer alusión al poeta cuando expresa:

Como corre/ Como vuela/ Traspasa el alto cielo/ y viene a posarse aquí a mi vera/ la flor triste del recuerdo.

Porque el recuerdo es triste pero también estoy alegre porque sé que desde tu lugar en el valle de los justos, verás que tus amigos no te olvidan.

Dr. D. Miguel Angel Vives Vallés
Departamento de Medicina y Cirugía
Facultad de Veterinaria
Universidad de Extremadura
Cáceres

A DON MIGUEL ABAD

Un ilustre aragonés, Luis Buñuel, cuando escribió sus memorias que tituló “Mi último suspiro”, quiso comenzarlas con el recuerdo a su madre enferma de Alzheimer y el valor de los recuerdos, en especial sabiendo que se pierden ineluctablemente. Sus palabras rondan en mi cabeza hace ya muchos años, y eran éstas:

“Hay que haber empezado a perder la memoria, aunque sea sólo a retazos, para darse cuenta de que esta memoria es la que constituye toda nuestra vida. Una vida sin memoria no sería vida, como una inteligencia sin posibilidad de expresarse no sería inteligencia. Nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestra acción, nuestro sentimiento. Sin ella, no somos nada.”

Permítanme pues que les muestre mi memoria en lo que a Don Miguel atañe, antes de que se pierda, y basándome en lo que el Dr. Samuel Johnson decía en uno de sus ensayos allá por el siglo XVIII: “Más conocimientos pueden obtenerse acerca del carácter real de un hombre por una breve conversación con uno de sus sirvientes, que de una narración estudiada que empieza con su pedigrí y termina con su funeral”.

Así pues le conocí en 1980, fugazmente, en lo que entonces en la Universidad española se daba en llamar las “oposiciones de”, en este caso tres agregaduras de Cirugía y Reproducción, celebradas conjuntamente en Madrid y ocupadas finalmente por los profesores Espinosa (Facultad de Veterinaria de Zaragoza), Sanz Parejo (Facultad de Veterinaria de Córdoba) y Gonzalo Cordero (Facultad de Veterinaria de León). Por su importancia estratégica, en aquellos momentos desfilaron prácticamente todos los grandes personajes de la época en su campo. Un año, o dos, más tarde, lo volvería a ver, esta vez en su terreno, durante la oposición de adjuntía del profesor Domínguez Fernández-Tejerina celebrada en León. En ambos casos el profesor San Román (Facultad de Veterinaria de Madrid) y yo mismo, hacíamos de ayudantes de manos e instrumentista, respectivamente, que auxiliábamos a nuestros compañeros candidatos en los ejercicios prácticos que se desarrollaban en la oposición, ya que entonces, a diferencia del sistema en vigor, un aspirante sin brazos nunca podría haber obtenido una plaza de profesor numerario de Cirugía y Reproducción, y además esta imposibilidad nunca se hubiese considerado algo políticamente incorrecto.

Todavía en aquellas fechas yo era lo que se denominaba “un meritorio”, es decir, un joven aspirante a cualquier cosa, sin remuneración alguna (ríanse de los mileuristas), sin horario, quizás algún derecho (que no llegué a descubrir) y, eso sí, muy satisfecho de ti mismo porque se te permitía “estar allí”, picando más que un sabañón, en ya desusada expresión.

Bien, pues ya en esa oposición de León Don Miguel se fijó en mí, dirigiendo al profesor Usón (Centro de Cirugía de Mínima Invasión de Cáceres) unas palabras que aproximadamente fueron: “Quién es ese chico, parece un búho, lo mira todo y no dice nada”.

La verdad es que entonces que se fijaran en uno, aunque fuese en estos términos, ya tenía su mérito. Casi un honor.

Con el paso de los años fui viendo a Don Miguel en sucesivas ocasiones, o bien en sus visitas a Zaragoza o bien en viajes a León, donde yo, superada la etapa de meritorio había alcanzado el estatus de profesor colaborador, donde hacía lo mismo que antes pero ¡cobraba!. Mi cercanía al profesor Usón me proporcionó una mayor visibilidad a los ojos de Don Miguel, e incluso, de vez en cuando yo mismo me permitía participar en alguna conversación, lo que hacía de forma esporádica y muy selectivamente (tampoco era cuestión de prodigarse), ya que había aprendido a estar calladito, que es un buen sistema para no decir tonterías. Comportamiento que, como todos ustedes saben, también se ha quedado ampliamente trasnochado.

En todo caso, pude disfrutar, desde luego no por méritos propios sino como mero acompañante, de las espléndidas y personalizadas atenciones que Don Miguel y los suyos, especialmente Lina, dispensaban a sus amigos y a los acompañantes de éstos. Actitud ésta que una vez aprendida, he practicado y practico a lo largo de mi vida, si bien, lamentablemente no tengo a quien transmitirla.

Con el tiempo, mi propia idiosincrasia y la esclavitud de mis palabras llevarían a Don Miguel a etiquetarme no ya como un búho sino como un somarda, ya que en su opinión yo hablaba poco, pero cuando lo hacía “me dejaba caer”.

Somarda, como otros muchos términos léxicos que gustábamos utilizar como aragoneses cuando nos veíamos, es una palabra misteriosamente ausente del diccionario de la lengua, de difícil explicación y por ello sólo podemos aproximarnos a su significado a partir de la descripción que recojo de la Enciclopedia Aragonesa:

“El somarda nace de la tendencia defensiva ante los más afortunados que no sufren la dureza del clima, las dificultades económicas hasta la pobreza que forjan con el tiempo frugalidad, sobriedad en todo, incluso en el hablar, timidez que se esconde en socarronería y agudeza, cuando no simplicidad y desconfianza, y, naturalmente, codicia y apego a lo propio. Nunca chistoso, contempla el mundo con humor, muchas veces triste y desvergonzado, casi siempre legítimo en sus reticencias, y usando de una franqueza sin condiciones en las situaciones extremas.

La frase cáustica, avinagrada y directa, el “decir las cosas claras”, puede ser una de las virtudes-defectos históricos de los aragoneses que, no obstante, han tenido excelentes diplomáticos”.

Así pues, sí, es cierto, aragonés soy y bien se me podría categorizar como somarda, lo que en modo alguno para mí implica desdoro. Don Miguel no parece que estuviese muy errado.

Sin embargo, posteriores encuentros y la familiaridad nacida de conversaciones reservadas, afinidades varias y un horizonte de admiración y respeto mutuo por el ejercicio de nuestra común afición a la historia de la veterinaria, suavizaría mi tendencia somarda natural, desde luego sin anularla, afortunadamente, y me llevaría a una sólida amistad, en la que fui distinguido con el privilegio de que Don Miguel me pidiera que le tratase con la familiaridad del tuteo, trato que agradecí pero que me fue imposible emplear por el respeto que siempre me mereció su persona. Pero en todo caso, aquí y ahora, como ven, me permito hacer ostentación de ello.

En fin, el tiempo está tasado, la prisa siempre apremia y la rigidez logística de estos actos impone brevedad, concisión y si ello fuese factible, hasta brillantez. Lamento, pues, defraudarles.

Nostálgico quedo por aquella universidad que, durante mis primeros años de madurez me atraía irresistiblemente, que representaba una buena parte del microcosmos donde me movía, y donde personalidades como la de Don Miguel, entre otros, pocos, me proporcionaron una buena parte de los materiales plásticos para organizar mi vida personal, que la profesional siempre es más limitada y menos importante.

Bien sé que las personas no son eternas sino caducas, pero lamento su pérdida incluso egoístamente, ya que no quedan en el horizonte figuras de las que aprender, liebres a las que alcanzar, imágenes que recrear o modelos a

imitar. Tengo, pues, que ser pesimista objetivamente por su pérdida personal y por la desaparición del modelo que representaba.

Por último diré como Buñuel, un excepcional somarada: “Don Miguel, forma usted parte de nuestra memoria, de nuestra coherencia, de nuestra razón, de nuestra acción, de nuestro sentimiento. De nuestra vida”.

Dr. D. José Antonio Bascuas Asta
Dpto. de Patología Animal
Unidad de Histología y Anatomía Patológica
Facultad de Veterinaria
Universidad de Zaragoza

EN MEMORIA DE UN ARAGONÉS ILUSTRE

Ha sido para quien redacta estas líneas, una gran noticia que se creara una reducida asamblea de discípulos y colaboradores y que cristalizara en la elaboración de un libro homenaje en recuerdo de Miguel, porque las aportaciones de amigos y compañeros representan, al honrarle con el recuerdo, la mejor contribución al reconocimiento de su vida.

Parafraseando a Cajal no es mi ánimo, ni sería oportuno al hablar de Miguel, insistir en el análisis de antinomias morales reflejo fiel de la perenne contradicción entre la razón y el sentimiento.

Los que hemos tenido la suerte de conocerle, descubríamos a un hombre jovial con nobleza en el alma, seriedad en su carácter, corrección exquisita en sus maneras y la atrayente simpatía que brotaba de su persona.

Como señala Nietzsche “los entes culturales no tienen esencia sino historia y es su propio dinamismo el que va configurando la esencia”. Pues bien, el ser humano, por tanto, es un ente cultural al que podemos conocer por lo que ha hecho a lo largo de la historia de su vida, porque sus creaciones nos revelan los impulsos más profundos y constantes. Su obra es la extensión de si mismo, pero es bien cierto que todo hombre, si golpea con vigor la tierra que pisa, logra grabar en su áspera corteza un surco, en ocasiones profundo, del que surge un manantial de realizaciones que configuran su horizonte vital.

Conocí a Miguel a mediados de la década de los sesenta cuando, como estudiante, comencé los cursos en los que se impartían las materias de Cirugía y Reproducción.

El primer contacto me sorprendió porque en su personalidad se conjugaban de manera admirable la autoridad que desprendía el uniforme militar que portaba por oficio de su actividad profesional, y su amor a la docencia, que mostraba por el entusiasmo que transmitía al comentar los trabajos de investigación en los que estaba inmerso.

Recuerdo de aquellos momentos la amistosa cordialidad que transmitían sus hallazgos y cómo nos hacía partícipes a los entonces jóvenes estudiantes

de la Facultad, y así tomamos parte en las extracciones de ovocitos para la realización de fecundaciones *in vitro* y trasplantes de embriones tan de actualidad en los pioneros trabajos de reproducción de la época.

Corría la segunda parte de la década de los 70 cuando el destino nos permitió un nuevo encuentro al que me siento ligado por los recuerdos, los afectos y la respetuosa gratitud debida a los maestros y además amigos, y que convirtió la relación con el maestro en amistad que perdura toda la vida.

Durante este periodo, que se extendió ya durante toda la vida, se consolidó una recíproca y profunda simpatía que habría de convertirse en algo más íntimo que la amistad, que había traspasado dichos límites porque pasé a considerarle como un hermano.

Este encuentro coincide con mi incorporación a la Cátedra de León y, como no podía ser de otra forma, Miguel, a la sazón Vicerrector de la Universidad de Oviedo y como máximo representante de la Universidad de León, fue el que me acompañó a la toma de posesión de mi nuevo destino.

Por aquella época Miguel no atravesaba sus mejores momentos afectivos, y decidimos antes de ir a la toma de posesión, realizar un viaje por las relajantes montañas del pirineo aragonés para después recorrer la cordillera cantábrica, pasando por tierras vascas hasta llegar a Oviedo, donde se formalizó el acto administrativo de la toma de posesión. Después continuamos a León, para proseguir una visita a Salamanca donde se encontraba un buen amigo y maestro, el inolvidable Angel Sánchez Franco. Cuántas anécdotas acontecieron en ese viaje y que, posteriormente, tantas veces hemos recordado juntos, y en más de una ocasión en presencia de amigos y de sus más próximos colaboradores.

Por un periodo de cuatro años intensamente vividos, participé en la vida de Miguel, y pude comprender, como escribe Steven Lukes, *“cómo ejercía el poder para la realización de un propósito a pesar de las resistencias encontradas”*. Lo utilizaba, como indica J. A. Marina en una de sus obras *“como una travesía desde la biología hasta la ética, con el objetivo de realizar algo, con la facultad de convertir algo en una posibilidad, como una acción realizadora en la que pueden fijarse objetivos y metas diferentes. Y en todos los casos, utilizándolo como poder social dirigido a los demás y nunca interesado en su propio beneficio”*.

Era extremadamente sutil en el uso del poder, ya que podía suscitar en otra persona, como decisión propia, aquello que sabía que era su personal decisión.

Nunca participó de lo que escribió Bertrand Russell cuando señalaba que *“las dos mayores pasiones humanas son el afán de poder y el afán de gloria”* pues esas pasiones no se encontraban en su alma.

Miguel era aragonés, y ejerció durante toda su vida como tal ya que nunca renunció a sus raíces. Era un hombre de inteligencia clara y penetrante, de carácter independiente y voluntad firme, tenaz, metódica y poseída de un romanticismo quijotesco que impulsó su espíritu hacia grandes ideales.

Mas por si acaso estos conceptos míos parecieran simplemente artificios retóricos, inspirados en el propósito de poetizar la figura de Miguel a todo trance, prefiero contener las expansiones de mi entusiasmo al recordarle, y que sea su obra la que narre su labor científica realizada y que aparece recogida en su biografía.

Pudiera pensarse que al conquistar la cátedra de Cirugía y Reproducción se hubiera dedicado solamente a la enseñanza. Pero Miguel no la consideró como el apetecido puerto tranquilo y seguro, porque con su exclusiva dedicación a la Universidad llevó adelante una intensa actividad profesional en el entorno de su especialidad, atendiendo sin desmayo a cuantos reclamaban sus servicios profesionales.

Cuántas veces, cuando pasaba a recogerlo para alimentar nuestro cuerpo, después de la larga jornada laboral, se encontraba inmerso en intervenciones quirúrgicas complicadas y obviamente no programadas, que le hacían acreedor de un gran prestigio profesional.

Como maestro, exponía con voz un tanto oscura, pero con claridad y exactitud de verbo insuperable, y sobre todo con una arquitectura pedagógica que sólo el que después haya tenido que enseñar puede apreciar en todo su valor.

Nos enseñó, por ejemplo, que la cátedra se debe atender como un fin y no como un medio; la cátedra no es una tribuna para hacer política ni un medio para hacerse rico o para figurar. Pertenece al grupo de intelectuales que repetimos lo que hemos aprendido y procuramos extenderlo y difundirlo siendo apóstoles de una religión cuya doctrina sabemos y nos encargamos de transmitir. Sin que los méritos y excelencias que en él se describen y demuestran deban su elogio al apasionamiento de la amistad ni a las exigencias de la ocasión.

Cuando se analiza cuánto de él conocemos, aparecen como rasgos firmemente impresos la generosidad y tenacidad ante las amarguras y

dificultades surgidas; se diría que no quiso dejar tras de sí ningún comentario negativo contra nadie, y sólo guardar en su memoria los mejores perfumes de sus recuerdos, cumpliendo con el pensamiento de Lamartine porque *"no quiso dejar tras si ninguna palabra hostil contra nadie"*.

El Prof. Miguel Abad podía presumir de su buen hacer, de dar siempre apoyo a quien se lo solicitó, de estar abierto como buen universitario a cualquier sugerencia que se le presentara.

Era de los que se interesaban en la belleza de la Ciencia, y al mismo tiempo sentía un profundo instinto que le empujaba a la búsqueda de la verdad, un deseo insaciable de conocer y comprender.

Participaba del culto sincero y honrado al trabajo realizado, a la verdad demostrada, y mostraba un cierto y ortodoxo rechazo hacia las conjeturas científicas aventuradas y conclusiones científicas prematuras. A este criterio austero y de seriedad intelectual, le correspondía la sencillez, precisión y claridad de pensamiento científico sobriamente revestido, sin exuberancias ni contradicciones en la defensa de sus argumentos.

En general todo el mundo piensa que el saber es poder, pero coincido con Foucault cuando afirma que las cosas a veces funcionan al revés, que es el poder el que crea el saber, sobre todo cuando se trata de justificar normas morales. Porque cuando lo que está en juego es la propia existencia universal, con una prisa que impide la contemplación de la belleza incomparable de la Ciencia desinteresada en sí misma, el científico se encuentra en la necesidad de considerar los más altos valores morales.

Enumerar los trabajos de investigación, tesis doctorales dirigidas, conferencias, reuniones científicas, serán referencias que otros colegas realizarán, porque aquí sería prolijo enumerar por su fecundo y largo recorrido investigador, como así lo acreditan las citas bibliográficas de las más prestigiosas revistas de la especialidad.

Mucho es lo que la Facultad de Veterinaria de León le debe a tan insigne Maestro.

Como reflexión final de este breve pero sincero comentario, fiel reflejo de la historia real de una gran persona, puedo afirmar sin temer a equivocarme que por donde quiera que ha caminado, ha ido sembrando semillas que a lo largo del viaje de su vida le han dado buenos frutos. Buena prueba de ello son su familia, sus compañeros, sus amigos. También, las innumerables muestras

de cariño plasmadas en el reconocimiento a María y a sus hijos, las que le han dedicado en su postrer acompañamiento.

Creo, como muchos, que Miguel seguirá estando probablemente más cerca de nosotros. No necesito meditar, sólo expresar mi admiración, respeto y consideración hacia mi amigo el profesor Miguel Abad.

Dr. Emilio Espinosa Velázquez
Dpto. de Patología Animal
Unidad de Reproducción y Obstetricia
Facultad de Veterinaria
Universidad de Zaragoza

IN MEMORIAM DEL PROFESOR DR. D. MIGUEL ABAD GAVIN

Ya han pasado varios meses desde que recibí la triste noticia. Es difícil aceptar que alguien que influyó intensamente en mi formación profesional, universitaria y humana, se haya ido para siempre.

Hace más de doscientos años que la familia Abad-Boyra, uno de los linajes más importantes de la Veterinaria española, inició su andadura profesional en el barrio del Arrabal de Zaragoza, y en la que D. Miguel Abad era la sexta generación de veterinarios.

La familia Abad-Boyra se inicia con D. Bernardo Boyra, Maestro Herrador y Albéitar durante el siglo XIX; participó en la Guerra de la Independencia, siendo nombrado en 1827 Mayordomo de la Hermandad de San Gregorio Magno del Arrabal, con el privilegio de salvaguardar la imagen del santo en su propia casa.

A su muerte en 1831, su hijo D. Agustín Boyra y Sanz, se ocupa del taller de Herrado y Albeitería, cuya profesión pudo ejercer al haber aprobado el examen del Protoalbeiterato en Aragón, que le permitía trabajar como Albéitar y como Herrador. Fue un excelente y respetado profesional; en 1843 sus conciudadanos le nombraron Prohombre de la Hermandad de San Gregorio Magno y en 1862 le eligieron Mayordomo de la misma. Tuvo tres hijos, Rudesindo (1830), Lucas (1831) y Godofredo (1840).

D. Lucas Boyra ingresó en 1849 en la Escuela de Herradores de Alcalá de Henares, obteniendo el título de Profesor Veterinario de 2^a. En 1860, comienza a ejercer como Veterinario en el barrio de Juslibol de Zaragoza.

D. Rudesindo Boyra aprobó el examen del Protoalbeiterato en 1847 y trabajó con su padre hasta su muerte en 1862, momento en el que heredó el taller de Herrado y Albeitería. Su delicada salud le hizo perder clientes y a su muerte, en 1878, dejó a su viuda e hija (Elena) en una precaria situación económica. La Reglamentación de 1835 para los establecimientos de Albeitería y Herrado, establecía además que si la viuda o hijos “no estuvieran examinados”, “se cierre su establecimiento”.

En 1878 se inicia la saga de los Abad, al casarse Elena Boyra con Miguel Abad Colas, Veterinario de la Escuela de Zaragoza. Su gran valía y personalidad hacen que el taller adquiriera gran prestigio, especializándose la familia Abad Boyra en cojeras y herrajes, y D. Miguel Abad realiza diversas publicaciones sobre enfermedades y herrado. Murió en 1910, dejando tres hijas y un hijo (Francisco) de 15 años, quien no pudo, por su edad, continuar con el establecimiento de su padre, que fue traspasado a su amigo D. José Mosquera, entrando Francisco a formarse como aprendiz.

D. Francisco Abad Boyra nace en Zaragoza en 1895, comenzando sus estudios de Veterinaria en 1911 y obteniendo el título en Zaragoza en 1916. Como Inspector Municipal Veterinario, ejerció en Biel, Ballobar, Ejea de los Caballeros, Las Pedrosas, Salvatierra de Escá y Monzalbarba. En 1923 se casa con D^a Juliana Gavín Español; en 1926 nace Miguel y en 1927 Elena. En 1928 se trasladan a Zaragoza, y nacen Francisco y María Pilar. Se van a vivir al Arrabal y toman en traspaso la casa y el herradero de sus padres. Como sus antepasados, D. Francisco Abad es nombrado en 1933 Mayordomo de la Hermandad de San Gregorio.

D. Francisco Abad, a quien tuve el honor de conocer, fue un excelente clínico en équidos, un excepcional especialista en cojeras y como profesor transmitía el saber de la experiencia. Desde 1933 fue profesor auxiliar de la Cátedra de Patología Quirúrgica, Operaciones y Obstetricia de la Escuela de Veterinaria de Zaragoza, siendo nombrado en 1941 profesor adjunto interino. En 1951 fue encargado de la Cátedra de Patología Quirúrgica, Cirugía y Podología, hasta que en 1961 se incorpora como Catedrático D. Félix Pérez y Pérez. En 1966, una vez jubilado, defiende su Tesis Doctoral en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza, sobre “La alteración del punto de apoyo en las extremidades de los solípedos: su valoración y significación clínica”, obteniendo la calificación de Sobresaliente *Cum Laude*.

La sexta generación, la han representado D. Miguel Abad Gavín y D. Francisco Abad Gavín. Ambos han sido unos excepcionales Veterinarios Militares y unos inolvidables profesores universitarios.

D. Miguel Abad Gavín, nació en Monzalbarba, trasladándose en 1928 con su padre a Zaragoza, viviendo en la casa en donde estaba el Herradero y la Clínica. En 1934 inicia sus estudios en los Padres Escolapios. En 1936, Miguel, Francisco y María Pilar, se trasladan a Alcubierre para pasar el verano, pero la Guerra Civil hace que sean dos años los que están separados de sus padres. En 1938, vuelve a estudiar en los Padres Escolapios, y en 1944 termina

el Bachiller y se matricula en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza, que un año antes había dejado de ser Escuela.

Su vocación profesional seguía una tradición familiar, pero fue principalmente el ejemplo de su padre, el inolvidable D. Paco Abad, quien influyó en la decisión de ingresar en la Facultad de Veterinaria, a sus hijos Miguel y Francisco. D. Miguel Abad vivía por y para la Veterinaria; todos los días no lectivos los pasaba en el taller aprendiendo a herrar y en 1946 ya era un experto en herrado y preparación de herraduras. En 1950 obtiene el grado de Licenciado en Veterinaria.

D. Miguel Abad, después de finalizar sus estudios, empezó una brillante carrera universitaria y profesional, con un excelente expediente en Licenciatura y Doctorado. Aprobó las oposiciones de Veterinario Militar y de Inspector Veterinario. Compaginó su carrera militar, en la que llegó a Teniente Coronel, con la formación universitaria que se convirtió en magisterio, del cual tuve la suerte de beneficiarme.

Conocí a D. Miguel Abad en 1964, en mi época de estudiante, cuando coincidiendo como Catedrático D. Félix Pérez y Pérez, el Profesor Abad preparaba su Tesis Doctoral y participaba como Adjunto en la docencia. Cuando me licencié en 1966, tuve la suerte de colaborar con ambos como Ayudante en la docencia, trabajando sin horarios, iniciándome en la investigación con rigor, pocos medios, pero con sacrificio y con el apoyo desde entonces de esos dos pilares universitarios.



Fueron unos años entrañables, formábamos una auténtica familia, en la que los profesores compartían conocimientos, experiencia y horas de dedicación para la formación de los escasos estudiantes de Veterinaria. Aprovechábamos los fines de semana y los periodos vacacionales para, trabajando en equipo, iniciar proyectos de investigación, colaborar en trabajos experimentales con profesores de otras Facultades, o preparar oposiciones a las plazas que fueran convocadas a nivel nacional.

Como anécdota de esa época, reseñar que cuando ya tenía finalizada y corregida su Tesis Doctoral y preparada para encuadernar, fuimos a visitar al padre de nuestro compañero de Cátedra, Manuel Barrachina al Hospital de la Cruz Roja junto a la plaza de Los Sitios, y al salir de la visita y abrir el maletero del Ford Anglia, vio que había desaparecido el maletín con la tesis. Colaboré con D. Miguel en rehacer todos los cálculos, y gracias a las hojas de borradores que tenía, consiguió en muy poco tiempo volver a redactar su Tesis.

Un viaje que le gustaba contar una y otra vez, fue cuando preparando la oposición a Cátedra, fuimos primero a Tours a una reunión científica al CRVZ de Nouzilly (INRA), y posteriormente a Paris; en el regreso y coincidiendo con un magnífico día, al llegar el momento de la comida y estando junto a un supermercado, entré a comprar productos franceses, bebidas, así como cubiertos, servilletas y un mantel. Aquel día de picnic fue uno de sus mejores recuerdos de esa época.

En 1970 obtuvo el Profesor Abad, la Cátedra de Patología Quirúrgica, Cirugía y Podología, Obstetricia y Patología de la Reproducción de la Facultad de Veterinaria de León (Universidad de Oviedo), y empezó su etapa leonesa sin olvidar sus orígenes zaragozanos, etapa de la que ha recogido los frutos de su trabajo, gran valía y dedicación.

Su preocupación por la Reproducción Animal, intentando agrupar a quienes trabajaban en este campo, a nivel profesional, docente o investigador, hizo que surgiera y consolidara la Asociación Española de Reproducción Animal, siendo elegido Presidente en 1995, hasta que en el año 2003, cuando decidió no presentarse a una nueva reelección, tuve el honor de ser elegido Presidente y la Asociación nombró a D. Miguel Abad, como Presidente de Honor.

De su etapa en León, en la que no voy a entrar, quiero dejar constancia que sus mayores éxitos son María, su esposa, siempre a su lado, y sus hijos Francisco y Miguel, séptima generación de veterinarios, que continúan con la saga que a principios del siglo XIX comenzara D. Bernardo Boyra, Maestro Herrador y Albéitar en el Arrabal de Zaragoza.

Los que le conocimos y compartimos con él su amistad, podemos afirmar que fue un excelente profesor, compañero y amigo. El Profesor Zorita de la Universidad de León, decía que D. Miguel Abad, *“es un ejemplo paradigmático de hombre cuya trayectoria vital, queda enmarcada en las coordenadas de la fidelidad y autenticidad...”*.

Para finalizar, deseo plasmar en este escrito, unos párrafos del texto que escribió su hermana María Pilar, con motivo de la misa celebrada en el Colegio de los Padres Escolapios de Zaragoza, el día 27 de enero del presente año:

“Miguel Abad Gavín fue un brillante alumno del Colegio de los Padres Escolapios, donde, al igual que su hermano Francisco y su padre, cursó sus estudios desde muy temprana edad. Callado, obediente, prudente, estudioso en grado sumo, dejó un grato recuerdo entre sus profesores y compañeros,...”

“Hijo, nieto, biznieto y tataranieto de Veterinarios, su vocación fue definida desde niño e, inevitablemente, fue Veterinario,...”

“Pero sobre todo fue un hombre de bien, profundamente religioso, sin ostentación; modélico como esposo y padre, un maestro extraordinariamente querido por sus alumnos y colaboradores; bueno, generoso, humilde,...”

“Seguramente sus virtudes le han llevado al reposo sosegado, feliz y sereno de quien vivió en el bien hacer”.

“El no perdió nunca la virginidad de la Dicha, el gozo profundo de vivir con la Esperanza del encuentro con el Absoluto”.

Como epílogo, decir que D. Miguel Abad por encima de todo fue un hombre bueno, y los que tuvimos la enorme suerte de conocerle en los dos campos, el profesional y el personal, nos encontramos doblemente entristecidos y orgullosos. Nos deja una vida plena y gracias a él, las nuestras serán un poco mejores.

Dra. Dña. Carmen Díez Monforte
Servicio Regional de Investigación y
Desarrollo Agroalimentario Gijón

DON MIGUEL

“Tener clase no depende de la posición social, ni de la educación recibida en un colegio elitista, ni del éxito que se haya alcanzado en la vida. Tener clase es un don enigmático que la naturaleza otorga a ciertas personas sin que en ello intervenga su inteligencia, el dinero ni la edad. Se trata de una secreta seducción que emiten algunos individuos a través de su forma natural de ser y de estar, sin que puedan hacer nada por evitarlo...”. (Manuel Vicent, 2010).

Aunque muchos de nosotros ya lo conocíamos de verlo por los pasillos, quirófanos y otras dependencias de la Facultad, conocí al “Don Miguel Profesor” un día de Octubre de 1985. Cursábamos el último año de la licenciatura, y era el día de la presentación de la asignatura Reproducción y Obstetricia. Era *el Catedrático*.

Cuando entró en el aula nos impactó su presencia, su porte, su seriedad y su mirada profunda, limpia e inmensamente azul, quizás gris. Tenía el pelo completamente blanco, pero sus ojos dejaban entrever un espíritu mucho más joven de lo que su físico permitía adivinar.

- ¡Qué serio! Dijimos unos...

- Es que es militar, dijo alguien.

- ¿Militar? ¡Ah, vale! Eso lo explica todo... Por eso anda tan derecho, tan marcial, tan imponente. Debe de ser militar, pero de los de “alto nivel”...

Porque es verdad que su figura imponía.

- Pues nos va a llevar firmes todo el año. Encima de que es el último curso, vamos a tener que desfilas...

- Pues dicen por ahí que es un tío muy majo...

- ¿Un tío? Será un señor... que ya parece tener unos añitos.

- No sé, no sé... Parece tan serio.

El Profesor Abad Gavín recorrió el pasillo desde la puerta hasta la parte delantera del aula, y apoyó una pierna en una esquina de la mesa del profesor,

todo hay que decirlo, de una forma muy poco “*catedrática*”. Y allí se quedó unos segundos, con su pierna colgando, contemplando a sus alumnos, serio, muy serio...

- “Buenos días” dijo. “Soy el Profesor Miguel Abad Gavín. Y, si ustedes quieren, estoy seguro de que vamos a pasar un muy buen año todos juntos...”

Y empezó a hablar... Y sonrió... Y su mirada, profunda, limpia e inmensamente gris, o quizás azul, se iluminó. En aquel momento dejó de ser el profesor Abad Gavín para ser Don Miguel. Y Don Miguel fue hasta el pasado 4 de Enero, día en que nos dejó.

Don Miguel era la persona que nunca crees que se vaya a morir. A pesar de su edad y de sus achaques, que no fueron pocos.

Muy a pesar de su aorta, que le llevó a quirófano a una intervención que, como él decía, era de “mucha enjundia”; a pesar de sus insuficientes factores de coagulación, uno de cuyos números, nunca me acuerdo de cuál es, brillaba por su ausencia; a pesar de sus perezosos riñones, reticentes a cumplir con sus obligaciones: cómo enseñaba orgulloso su historial médico (¡qué cantidad de páginas en jerga médica!), y que reflejaba lo malito que estuvo cuando le dio aquel terrible “achuchón” estando en Alicante... Y muy a pesar también de su enorme, pero enorme de verdad, y terco corazón...que luchó hasta lo inagotable, por no dejar este lado del mundo en el que siempre estuvo rodeado de gente que le admirábamos, y que le queríamos; y que siempre le echaremos en falta.

Don Miguel Profesor fue un docente vocacional, respetable y, sobre todo, respetado por los que fuimos sus alumnos. Él supo ganarse a pulso ese respeto como *Maestro* desde el amor a su profesión, las vivencias personales que relataba en clase, su cercanía y accesibilidad, su humildad y su serenidad. Su puerta siempre estaba abierta a nuestras dudas, pero también a ofrecer charlas y consejos. Siempre en su papel, aprendimos con él lo que es el respeto ganado sin necesidad del recurso a la prepotencia (de otra forma, no habría sido respeto); nunca dijo una palabra más alta que otra, nunca esgrimió la verdad absoluta, nunca se subió a la “distancia de la tarima”; siempre permaneció como aquella persona que, de forma tan poco “académica y militar”, se sentó en la esquina de la mesa aquel primer día de clase.

Supo transmitirnos sus pasiones, tanto profesionales como personales: los caballos, el ejército, la Universidad, la albeitería, su ciudad natal, Zaragoza, su familia, sus amigos, tomar unos vinos, sus lecturas. Y siempre nos resultó

difícil saber a qué ámbito pertenecía cada una de ellas, tan intrincadas como estaban sus dos vidas, que eran una sola. Y todo ello, siempre sin dejar de ser el Profesor que siempre fue, y al que siempre recordaremos.

Finalizada la licenciatura, pasé a convivir con Don Miguel como alumna de doctorado, becaria y tesanda. Don Miguel era, junto con Lina, mi director de tesis. Era nuestro jefe, y, sin embargo, nunca dejó de ser el Don Miguel Profesor.



D. Miguel, Carmen, Roberto Cubillo, Santiago Lavín y José Antonio Barcelona en el Congreso de Reproducción Animal. Córdoba 1987

Fueron 10 años de convivencia en los que Don Miguel me demostró que todo aquello que se intuía desde el breve contacto de las horas semanales de clase era auténtico. Que esa forma de ser que nosotros, alumnos inexpertos que no veíamos al profesor como fuente de conocimiento sino más bien como un obstáculo que salvar para alcanzar el ansiado aprobado, habíamos podido o querido adivinar, se extendía más allá del ámbito del aula, para hacerse real en la convivencia diaria de la jornada laboral.

Porque Don Miguel entendía las relaciones del día a día desde la confianza y la responsabilidad que depositaba en nosotros. Era infinitamente tolerante para con todos aquellos que estuvimos con él. Comprensivo con todos (y

las situaciones personales de cada uno) a la vez que constructivo y siempre positivo. Y si alguna vez no comprendía (que seguro que ocasiones hubo), no se le notaba. Nunca salió de su boca una frase de desaliento. Nunca una pregunta incómoda, ninguna “llamada de atención”, sin interferir pero siempre disponible, comprensivo.

Además, Don Miguel concedía a los que trabajábamos con él el infinito honor de hacernos sentir *miembros honoríficos de su familia*. Y consecuentemente, tuvimos el privilegio de compartir muchas de sus vivencias personales, pudiendo así llegar a entender por qué resultaba tan difícil distinguir en su persona lo que era *trabajo* y lo que era *vida personal*.

Formar parte de su familia ha sido una especie de lotería que me permitió conocer al Don Miguel de fuera del ámbito académico, al Don Miguel marido y padre. Al Don Miguel amante de las reuniones con amigos, de la tertulia política (política Universitaria, pero también de la “otra”), niñoero, espontáneo; también al Don Miguel despistado (terriblemente despistado), risueño, bromista y “notable encajador de bromas y pullas”.

- Don Miguel, le decía Lina, ¡Que no oye nada, que se está quedando sordo!.

Él la miraba y decía “¡Jodó que sí!”, y se reía.

Y su cara se llenaba de miles de pliegues que rodeaban esos ojos que seguían igual de limpios que cuando le conocí.

Incansable contador de chistes e inefable narrador de historias de ahora y de antes: de su vida familiar, de su etapa militar, de su vida antes de llegar a León.

Disfrutaba de la convivencia durante viajes a Congresos, en cenas y comidas de celebraciones varias, y en fiestas de ámbito más íntimo y familiar, donde siempre fuimos bienvenidos. Hacía merecedora del mismo trato a toda la gente que con él convivió y trabajó. Nunca hizo una distinción por el mero hecho de ser lo que algunos otros podrían entender como de mayor o menor categoría. Éramos *su gente*, y Don Miguel se sentía orgulloso de *su gente* allá donde iba.

Durante estos últimos años en que su estado de salud no le permitía llevar la actividad de que en situaciones normales hacía gala, saboreaba y disfrutaba de las visitas en casa para que “le pusieran al día”, de todo aquello que él

pensaba que se estaba perdiendo (que por otra parte hay que decir que no era mucho, dada su lucidez).

Y nosotros, íbamos a ver a Don Miguel sabedores de que en su casa estaríamos como en la nuestra propia. Ratos de “cotilleo” bien entendido, de discusiones de “alto calado” político, arreglando España y el mundo desde la salita de la calle Lancia (o por lo menos opinando sobre el tema), y él siempre dispuesto a la carcajada o al reproche cariñoso:

- “Pero... ¿cómo os habéis podido descarriar tanto?”, políticamente se entiende, nos decía a Lina y a mí.

Don Miguel hubiera cumplido hoy 84 años. Y hoy estamos aquí todos los que le queríamos porque queremos rendirle un sentido y profundo homenaje.

Porque ejemplos como él, que nunca habló en primera persona del singular, nos permiten comprobar que el respeto nada tiene que ver con la prepotencia, sino que se gana desde la humildad, desde la autenticidad y la tolerancia.

Porque profesores como él nunca deberían ser olvidados y deben tener un hueco entre aquellas paredes que lo vieron ejercer su profesión y su humanidad.

Porque con su carácter, su educación, su saber estar y su ejemplo, nos ha dejado un manual de instrucciones para generaciones presentes y venideras.

Porque D. Miguel fue un SEÑOR, de esos que se dice (y se escribe) con mayúsculas, y porque queremos agradecerle el hecho de que nos haya permitido compartir con él un trocito de su vida, y aprender cómo se puede ser maestro, compañero, jefe, amigo, marido y padre, todo a la vez.

Porque, por encima de todo, fue un hombre de bien.

D. Miguel fue un hombre bueno, y sólo por eso, y precisamente por eso, porque fue un hombre bueno, nunca se irá; siempre estará en nuestro corazón.

Dr. D. Félix Pérez y Pérez
Catedrático Emérito
Unidad de Reproducción y Obstetricia
Universidad Complutense de Madrid

EL PROFESOR DR. D. MIGUEL ABAD GAVÍN HA MUERTO

Con gran satisfacción me sumo al proyecto del libro “*in memoriam*” al Profesor Miguel Abad Gavín, que fue mi primer alumno que llegó al rango de Catedrático en los años de docencia que ejercí como Catedrático en la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Zaragoza. Creo que fue un acierto el rescate de Miguel Abad del cuerpo de veterinaria militar que ejercía con toda dignidad en Zaragoza.

Miguel y Francisco (su hermano) sintieron en su día atracción (vocación militar) sin duda atraídos por el singular prestigio de la Academia Militar de Zaragoza. En su momento pidió la excedencia en el cuerpo de veterinaria militar y pasó atraído por su vocación docente a la Cátedra que yo regentaba, que le esperaba con los brazos abiertos, circunstancias que me legitiman para escribir estas líneas al referido propósito.

La noticia nos sorprende en la mañana del 4 de Enero, cuando un viento gélido Castellano-Leonés enfría los cuerpos y calienta las almas, haciendo brotar los sentimientos más nobles que guardan las mismas, dolor inmenso por la pérdida de un discípulo amigo y persona irrepetible.

Falleció no por falta de contenido en su programa vital, cargado de ciencia, deseos de ayuda y magníficas intenciones que mantuvo hasta el final, estando al tanto del movimiento científico, dispuesto a colaborar en el progreso del mismo con la mejor intención de ayudar a su discípulo predilecto J.C. Fernández Rodríguez de Tejerina; proyectar a sus hijos, admirables jóvenes veterinarios; cultivar el amor a María, su irreprochable esposa. Yo me siento abuelo del Dr. Tejerina, padre científico de Miguel Abad, siguiendo así la línea inevitable de la sucesión y del relevo.

Miguel Abad murió por agotamiento de su salud, tantas veces quebrantada, y para ello eligió un periodo vacacional para no molestar a nadie, marchándose de puntillas, *sin hacer ruido*, como lo hacen los humildes, sencillamente y en el ambiente cálido de la familia.

Me viene a la memoria la frase de Alexis Carrel: “*Luchó hasta lo imposible*”. Miguel era fuerte como un roble, duro y sufrido, pero pensaba, como escribió

el referido filósofo, que la longevidad extrema no es deseable, si no representa de algún modo la prolongación de la juventud.

Miguel Abad clavó sus raíces aragonesas en León, protagonizando un maridaje entre Castilla y Aragón que recuerda por su fecundidad y esplendor a las mejores páginas de la Historia de España.

Miguel Abad recibió una formación ejemplar en el seno de una familia aragonesa que tuvo la suerte de conocer a fondo. Su formación fue profunda en principios: éticos, morales y confesionales. La ética propende al individuo hacia el bien común. La moral, nos señala el camino a seguir los avatares de la vida siempre dentro de la norma y La confesionalidad, es decir la práctica y creencia en algún ideal, fue fundamental en este caso. Miguel Abad era un hombre creyente y desde muy joven se preguntó: ¿De dónde vengo?, ¿Dónde estoy?, ¿Cuál es mi meta? Estos planteamientos salvan a la juventud y señalan el camino en derechura para llegar al final.



D. Miguel y D. Félix Pérez. Zaragoza, año 1967

La formación de Miguel fue muy completa, en primer lugar basada en principios como hemos señalado éticos, morales y confesionales y además en base a lo que es llamado en lenguaje coloquial “a cantar bajo la lluvia”, que significa que la juventud de nuestros días, en la sociedad difícil en la que ha de

desarrollarse, deben aprender a encontrar una salida optimista y positiva a pesar de la lluvia de acontecimientos poco gratos que precisamente en la juventud suelen acontecer. El optimismo y la alegría no deben perderse nunca y por tanto no esperar a que pasen las tormentas para manifestar decisiones improcedentes. El pesimismo y la falta de horizontes son responsables del fracaso de los más nobles proyectos de juventud. Nunca deben perderse las ilusiones, la tenacidad, la perseverancia, desde un talante siempre optimista y esperanzador. El joven debe ser educado, como en el caso de Miguel, en: la seriedad, la profundidad, la perseverancia, la disposición a la renuncia de muchos placeres, poner coto a los mismos y pensar que en la vida, las metas (ideales) sólo se alcanzan con sacrificio, trabajo y optimismo.

En la vida de Miguel no todo fue camino de rosas. Tuvo episodios muy duros, como la muerte de su primera esposa, pero supo encauzar esta tragedia con serenidad y con Fe, que le permitieron decidir una nueva aventura, enamorarse de María, e integrar un matrimonio también ideal, fecundo, lleno de satisfacciones: de él nacieron sus dos hijos que llevarían los nombres de los hijos del abuelo, Miguel y Francisco. Esta descendencia colmó de felicidad a Miguel y a María, fruto de una decisión llena de amor y perseverancia.

Miguel pensó, como diría Julián Marías, que el amor debemos medirlo por lo que damos y no por lo que recibimos. Miguel dio el amor a manos llenas y recibió su recompensa.

La vida es recorrer un ciclo para terminar, como señala Julián Marías, dejando en este mundo lo perecedero e inservible cuando nos acercamos al final y pasamos al mundo de la trascendente. Por esto no hablaré de los logros, que fueron muchos, de Miguel Abad, sino de los valores que a partir de este trágico episodio le serán reconocidos. Dios justo juez nos dijo: *“La Gloria espera a aquellos que han luchado con brío y han conservado la Fe”*.

La vida es un camino corto, áspero, pero ilusionado *“vale la pena vivir, pero pensando en que el recorrido es breve y finito”*. Todo lo que nos da la vida es perecedero, quedará aquí y sólo ha de servir para conseguir la continuación de la misma en la vida trascendente infinita y eterna. La muerte hay que entenderla –y él así lo entendió– como un paso hacia lo infinito.

Lamentablemente como diría Platón, nos deja de forma brusca e imprevisible, el hombre en su doble expresión material, finita, perecedera, espiritual y trascendente; se acaba, mientras que el alma se aleja hacia el otro lado sin informarnos de nada más, pero la Fe fue para Miguel su tabla de salvación.

Conocí a Miguel Abad a fondo cuando en 1960 obtuve la Cátedra de Cirugía y Reproducción de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Zaragoza. Allí me esperaban dos personas paradigmas de nuestra profesión: El Profesor Eduardo Respaldiza y el Dr. Francisco Abad (padre de Miguel); ambos eran amigos de mi maestro –gran Maestro- Cristino García Alfonso, Catedrático de la Facultad de Veterinaria de Madrid. Sin duda esta circunstancia hizo que tuviesen para mí desde el primer momento una singular atención, simpatía y respeto. A las pocas semanas fui nombrado Decano de esa Facultad de Veterinaria y el Rector Magnífico de la Universidad me encargó con entusiasmo esperanzado el problema de mantener en la Universidad de Zaragoza a la Facultad de Veterinaria a punto de ser trasladada a la Universidad de Barcelona. De inmediato trazamos una estrategia que dio resultados positivos. Fue mi primera y gran satisfacción al servicio de la Universidad de Zaragoza.

Don Francisco Abad (D. Paco) me pidió que ayudase a Miguel en aquel entonces Capitán del Cuerpo de Veterinaria, al que había accedido lo mismo que su hermano Francisco. Su vocación no era ésta. Se incorporó de inmediato y conmigo formó un equipo que rápidamente se instaló con gran prestigio en el ambiente universitario y social de Zaragoza.

Callado, perseverante y muy trabajador, Miguel seguía mis publicaciones, orientaciones y actividades. Terminamos su tesis doctoral sobre la fisiología de la osificación de embrión en las aves que fue un éxito, y así continuó. Nuestro laboratorio era una fábrica de proyectos: trabajos sobre la chinchilla, cría y explotación de codornices, hibridación entre distintas especies y un largo etc.

Fuimos honrados con la visita del Ministro de Educación y Ciencia, que una vez en Zaragoza y acompañado por el Rector Magnífico, visitó nuestras instalaciones y me trazó el camino para trasladarme a Madrid, tras la jubilación de mi maestro Cristino García Alfonso. Allí comenzó el movimiento, quedó vacante León, cuya plaza de Cátedra fue cubierta por Miguel Abad hasta estos días.

Tal vez la nota más significativa de Miguel Abad fue su actividad, sentido de la responsabilidad, respeto al prójimo y tendencia hacia el bien común. Como escribiera Anatole France: *“Que el dolor que nos deja este triste episodio, sirva para revelar los sentimientos nuevos y nos inspiren amor y piedad”*. El amor, como señala Amado Nervo *es un divino amigo que siempre nos ennoblece*.

No es fácil hacerse una idea absoluta de la inmensa figura de Miguel Abad y considerarle desaparecido -fuera de nosotros para siempre-. Pocos como él han dejado un ejemplo de admiración, fidelidad y veneración hacia sus

Maestros. De él puede decirse con toda justicia *“Dime hacia quien miras y te diré lo que quieres ser; tal vez lo que ya estás siendo”*

De Miguel puedo aceptar el ruego que señaló Unamuno: *“Prefiero que me juzguen, no por mis méritos, sino por los logros alcanzados por mis discípulos”*.

Tenía un gran sentido de la honestidad, respetó a sus maestros y tuvo siempre en cuenta la frase de Ortega y Gasset: *“Cuando bebas en la fuente de la Ciencia, no te olvides del manantial”*.

Miguel nunca se olvidó de sus maestros –de ello soy testigo- la fidelidad se ha definido como el camino más corto entre la manera de pensar de dos personas. Con frecuencia discípulos a quienes has ayudado con toda sinceridad y empeño, conseguida la meta, niegan a sus maestros en la absurda y malévolamente pretensión de que la meta alcanzada les corresponde en su totalidad y no tienen que agradecer nada a nadie; de esto somos testigos desgraciadamente los docentes que ejercemos en activo con cariño y entrega al porvenir de nuestros discípulos.

Miguel Abad (repetiré) fue un hombre humilde, virtud que demostró reiteradamente al situarse ante los problemas de la vida y sus cosas. La humildad no debe confundirse con la tibieza que abunda con frecuencia y parece vital para alcanzar el beneplácito de superiores, medrar y soslayar posturas justas y necesarias -esto no-. Miguel fue bueno, humilde, noble, pero demostrando su personalidad en todo caso. Él no fue tibio, conocía el significado de estos versos del medioevo:

“Cierto que aún para ser Santo

El coraje es provechoso

Que los tibios nunca aciertan

A ser santos ni demonios”

Fue un hombre bueno (repito), no sabía odiar y practicaba la filosofía de Václav Havel: *“Sólo odian los mediocres, incapaces de alcanzar sus metas y como pretexto para cubrir su incapacidad”*. Pensaba que la vida que no está orientada al servicio de los demás, carece de sentido para ser vivida.

Era un hombre del Renacimiento: inquieto, dinámico, preocupado por la razón de las cosas y la verdad de las mismas. Cada día perfilaba sus conceptos a tenor de la última hora vivida. Hasta ahí llega su preocupación científica y técnica. En algún momento participó de la figura del argonauta, capaz de cambiar el signo del pasado, planteamiento que le llevó a mejorar la labor docente encomendada en la Universidad de León.

Miguel Abad era un hombre humano, un consejero y un amigo a todos los niveles. Al terminar su vida activa, profesional, etc., cada vez le quedaba mayor espacio que dedicaba a la fe religiosa y al progreso espiritual. Hoy que el Profesor Miguel Abad ya no es Catedrático ejemplar, ni Presidente laureado del Colegio Oficial de Veterinarios de León, ni militar destacado en el Cuerpo de la Veterinaria Militar, ni Presidente de Honor de la Sociedad Española de Reproducción Animal, etc., podemos significar que es simplemente un humilde que se va -que se nos ha ido- desnudo como los hijos del mar, según los versos de A. Machado.

“Y cuando llegue el día de mi último viaje

Y esté a partir la nave que nunca ha de tornar.

Me encontraréis a bordo, ligero de equipaje

Casi desnudo, como los hijos de la mar”.

Miguel Abad ha muerto en silencio como a él le gustaba vivir. Fue ante todo un amigo de la juventud, un orientador de los nuevos profesionales que llegaban a su Cátedra.

Quería a la juventud, le interesaban sus problemas y era en definitiva un apasionado del hombre joven.

La figura ejemplar de sus virtudes se aleja cada día más de nosotros, mientras la espiritual se mantiene profunda y admirable que nos lleva a repetir la frase de Azorín: “*Flores en su muerte, ternura y nostalgia en su memoria*”.

Dr. D. Luis Ángel Moreno Fernández-Caparrós
General Veterinario
Jefe de Apoyo Veterinario
Inspección General de Sanidad
Ministerio de Defensa

MIGUEL ABAD GAVÍN Y SU CONTRIBUCIÓN AL PRESTIGIO DE LA VETERINARIA MILITAR ESPAÑOLA

Cuando defendí mi tesis doctoral hace unos años la iniciaba con unas palabras de Séneca que extraje de su obra *“De beneficiis III”*. Comencé entonces diciendo: *“Ingrato es quien niega el beneficio recibido; ingrato quien lo disimula; más ingrato quien no lo devuelve, y más ingrato de todos, quien se olvida de él”*



*D. Miguel y el General Caparrós. Presentación del Libro “El caballo en la historia de España”.
Centro Militar de Veterinaria de la Defensa. Año 2003*

Los Veterinarios Militares seremos imperfectos, como todos los seres humanos, pero no olvidamos a nuestros Oficiales que han realizado y consolidado una obra coherente y Don Miguel lo logró. Fue un aristócrata del Cuerpo de Veterinaria Militar, el Cuerpo del Estado más antiguo de nuestra profesión. Por eso cuando los responsables de este acto me propusieron intervenir para glosar, aunque fuera brevemente, la figura de nuestro Oficial Superior, pues de un Veterinario Militar de alta graduación se trata, lo acogí con alegría.

Su trayectoria militar se inicia desde muy joven. El Dr. Abad Gavín a los 19 años se presenta como aspirante a la Milicia Universitaria (que no debemos confundir con la IPS que fue posterior) y cuatro años después tras realizar su último y duro campamento en Montejaque en el pueblo de Ronda (Málaga), donde hoy tiene una Bandera la Legión española, obtiene el empleo de Alférez eventual de complemento del Arma de Caballería realizando sus prácticas reglamentarias en el Regimiento de Caballería de Cazadores de Numancia nº9. Fue destinado al Escuadrón de Sables donde demostró su valía al ingresar, acto seguido, en el Cuerpo de Veterinaria Militar tras unas duras oposiciones; no olvidemos que la primera plétora profesional se comenzaba a enseñorear sobre los jóvenes estudiantes de esos años. Fue promovido al empleo de Teniente Veterinario en el mes de julio de 1951. Su primer destino fue la Agrupación Mixta de Montaña nº11 (más tarde Regimiento de Cazadores de Montaña nº11) donde se hizo cargo del Servicio Veterinario del Batallón XLII y de la atención facultativa de la 2ª Batería de Montaña destacada en Darnius (Gerona).

En los años siguientes, tuvo que incrementar su actividad con nuevas responsabilidades al tener que hacerse cargo del servicio veterinario del V Grupo del Regimiento de Artillería nº21 y asistir a sucesivas maniobras militares en la zona de Figueras. En 1956 el General Jefe de la División de Montaña nº62 le ordena que se haga cargo de la jefatura de los servicios técnicos y facultativos de la Sección de Veterinaria de la División. Los que hemos estado destinados en Montaña y sobre todo en Artillería a lomo sabemos de la intensa actividad, dificultades y dureza del ejercicio de estas Unidades y por extensión de nuestro trabajo en montaña. En 1957 se produce en su vida profesional un hecho que considero referencial. El Teniente Abad Gavín solicita voluntariamente reintegrarse a una de las Unidades de gran personalidad veterinaria; me refiero a la V Unidad de Veterinaria de la antigua quinta Región Militar ubicada en Zaragoza. Precisamente de esta Unidad dependía el Hospital de Ganado al cual fue destinado nuestro protagonista. Fue designado jefe de la clínica de cirugía donde comenzó a sentar las bases de lo que posteriormente sería el Diploma de Cirugía Veterinaria.

Voy a desvelarles un hecho anecdótico. El profesor Abad solicitó hacer el Diploma de Especialidades Veterinarias en su modalidad de “Microbiología y Epizootiología”; afortunadamente semanas después renunció a cursar esta especialidad y los que hoy somos cirujanos se lo debemos a él. Su labor incansable, su espíritu deportivo y su formación académica sirvieron de modelo para que el General Miguel Ruiz Tutor (aragonés de nacimiento) propusiese a los responsables del Ministerio del Ejército la creación de esta especialidad en 1981. Esta idea vino avalada por otros compañeros como los Doctores Eugenio Tutor Larrosa, Eloy Martín Martín y unos jovencísimos cirujanos como los profesores Jesús Usón Gargallo, Américo Vilorio y José Ignacio Bonafonte Zaragoza que se desvivieron en formar a nuestros primeros cirujanos militares dentro del “Instituto Experimental de Cirugía y Reproducción” de la Universidad de Zaragoza.

En 1960 el Hospital se independiza de la Unidad de Veterinaria y pasa a denominarse Hospital de Ganado de la V Región Militar. Su primer Director, aunque fuese con carácter interino, fue el Capitán Abad Gavín. Su actividad quirúrgica lo llevó, sin solución de continuidad, a compartir sus conocimientos con otros compañeros a los que enseña la patología quirúrgica y la técnica operatoria. Hombre siempre dispuesto, inquieto y preocupado por su profesión y amante de la docencia le lleva esta natural predisposición, para la que estaba especialmente dotado, en 1961 a ejercer su especialidad a la Facultad de Veterinaria de Zaragoza, donde debuta como “profesor adjunto provisional” de las Cátedras de “Patología Quirúrgica, Cirugía y Podología, Obstetricia y Patología de la Reproducción”; tampoco le fue ajena la docencia en la cátedra de Parasitología y enfermedades parasitarias.

En el año 1962 asiste a la “V Conferencia Internacional de Nutrición de las Fuerzas Armadas” y participa activamente con la comunicación titulada “Necesidades alimenticias de las tropas de montaña”. Debo recordarles que en el Ejército, a lo largo de las décadas de los años cincuenta y sesenta, existían las Granjas Militares con el cometido de mejorar la alimentación del soldado en una época de penuria y de carestía. Pues bien, nuestro querido compañero de Armas se hace cargo en 1965 de la administración y dirección técnica de una de las más importantes granjas de la quinta Región Militar. Ello supuso, por un lado, suministrar productos sanos y por otro, aportar proteínas de mejor calidad a la ración del soldado.

Hasta su pase a petición propia a la situación de “en expectativa de servicios civiles” siguió ejerciendo su profesión de veterinario militar, obtuvo el distintivo permanente de profesorado pues su experiencia y conocimiento los

difundió generosamente, no sólo en el ámbito universitario, sino a los Cadetes de Veterinaria Militar y a los de la Academia General Militar. En los bien conocidos “Ciclos de Conferencias” del Centro Militar de Veterinaria de la Defensa (el próximo año se cumplen los primeros 25 años de actividad académica y social) intervino en 1998 para hablarnos, en primicia, de la historia del caballo; al año siguiente la Universidad de León publicó “El caballo en la Historia de España” del que dispongo de un ejemplar precedido de una cariñosa dedicatoria.



D. Miguel firmando en el Libro de Honor del Centro Militar de Veterinaria.

El Dr. Abad Gavín supo hacer de su vida un proyecto eficaz de amor a sus semejantes. Su haz de fuerzas estuvo marcado por la Milicia, la Universidad, las Academias y la Organización Colegial. Pero arrimando el ascua a nosotros les diré que ante todo y en su origen fue un veterinario militar de prestigio, su prestigio traspasó los límites de la milicia para proyectarlo a la Universidad, nuestra alma mater, y también al mundo de la organización colegial. Verdaderamente sí podemos decir todos los veterinarios militares que nuestro Oficial Superior, el Teniente Coronel Abad, el Dr. Abad, el Profesor Abad fue un centauro: milicia y Universidad fueron su norte y el ejercicio profesional y colegial el instrumento con los que prestigió la Ciencia y Profesión Veterinarias españolas.

Amigo Miguel, nunca dejaste de sentirte Veterinario Militar, siempre prestigiaste el Cuerpo de Veterinaria Militar y por ello todos nosotros nos sentimos orgullosos de haber estado a tu lado. **¡Gracias Miguel!**

Dr. D. Juan Carlos Domínguez Fernández de Tejerina
Unidad de Reproducción y Obstetricia
Facultad de Veterinaria de León

MIGUEL ABAD GAVÍN, MAESTRO Y PADRE CIENTÍFICO

Si algo sabemos bien los especialistas en reproducción es que todos los seres vivos procedemos de otros preexistentes, que nos han dado esta oportunidad de vivir, nuestros padres. Pero aparte de “vivir” los seres humanos necesitamos cultivar las potencialidades que de forma innata se nos han concedido, para lo cual es imprescindible tener otros “padres”. Yo he tenido la gran suerte de tener un “padre científico” de características envidiables y excepcionales como ha sido Miguel Abad Gavín, miembro de una larga saga de veterinarios, y por supuesto de una familia científica en la que destacan personajes tan carismáticos de la profesión Veterinaria como Dalmacio García Izcarra, considerado fundador de la veterinaria moderna y Catedrático de la Facultad de Veterinaria de León (1883), Cristino García Alfonso y Félix Pérez y Pérez, también Catedrático de nuestra Facultad (1954 -1960).

Mi relación con el maestro está marcada por el frío invierno leonés, ya que le conocí por primera vez un 12 de Enero de 1971 y le perdí el pasado día 4 también de Enero. Como podrán comprender estos 39 años que le he tenido a mi lado me han dejado una profunda huella, tanto personal como profesional, que será muy difícil que les pueda transmitir con el rigor y la intensidad que yo quisiera, en este acto de homenaje y recuerdo que gracias a la iniciativa de Lina estamos celebrando, y en el que la añoranza por el ser querido se convierte en motivo de reencuentro y de reunión.

Si tuviera que describir a “Don Miguel” en pocas palabras, diría que ha sido un hombre severo consigo mismo, justo con los demás y especialmente generoso con sus alumnos y discípulos.

Severo en el sentido de riguroso e intransigente en su trabajo y obligaciones, e intolerante con sus propias debilidades y faltas. Quizás esta característica está forjada por el espíritu castrense adquirido durante su ejercicio activo en el cuerpo de Veterinaria militar, al que estuvo vinculado hasta su incorporación a la Facultad de Veterinaria de León, destacando por su profesionalidad y en el que tuvo destinos realmente singulares como el de Capitán veterinario en la Academia General Militar de Zaragoza, destino que ejerció durante 12 años y que le permitió compatibilizar con su otra gran vocación profesional la docencia e investigación universitaria la Facultad de Veterinaria de esa misma ciudad.

Esa autoseveridad con raíces genéticas en la tozudez aragonesa, se perfecciona, como no podía ser de otra manera, cuando adquiere la ciudadanía leonesa, de forma y manera que en muchas ocasiones la primera impresión de quién no le conocía era de un hombre un tanto distante y algo brusco, como dijo Chencho en su libro sobre personajes leoneses D. Miguel es la “*seriedad hecha nudos de amabilidad*” (“Hablando de León sin Ira” pags: 343-350). Recuerdo algunos casos de rigurosidad que en ocasiones rayaba lo inconsciente, tal fue el caso de una de las intervenciones practicadas a uno de sus más entrañables clientes como fue el caballo “Dakar”, al que realizando una neurectomía, en un movimiento imprevisto del semoviente le lesiona fracturándole varias falanges del pie; tras solicitar que le hiciéramos una radiografía y diagnosticado el problema, él mismo se inmovilizó la fractura, y a pesar de nuestros esfuerzos por impedirselo continuó con la operación hasta que terminó.



D. Miguel y J.Carlos Domínguez Tejerina en el Depósito de Sementales de León

Era parco en el comer, elegante en el porte y extraordinariamente educado, manteniendo siempre un temple envidiable por malas que fueran las circunstancias; precisamente cuando la enfermedad hizo presencia y los pasos se enlentecieron por el natural discurso vital, afrontó con notable entereza, y por supuesto también por la ayuda de María, la ejemplar esposa y madre de sus

hijos, la última fase del natural devenir del ciclo vital. Tengo que confesar que nunca me acostumbré a ver a D. Miguel enfermo, me sentía impotente e inerte de intuir lo inevitable sin poder hacer nada, era un sentimiento hasta inhumano que apenas podía controlar y que con nadie más he experimentado.

Ami juicio, la virtud de la justicia también era una enseña de su personalidad, la justicia serena, paternal y cariñosa, la justicia del honor e idealizada del caballero andante, con dulces luces y amables sombras, nunca cegadora ni en tinieblas, la justicia del Amor con mayúsculas, la que incluso esperamos en las postrimerías de nuestras vidas.

Como escribe Eduardo Zorita en el prólogo de una de las obras cumbre de Miguel Abad ("El caballo en la historia de España", ED. Universidad de León. Imprenta Caemos, Salamanca, 2ª Edición, 2006, Pág. 16):

“Qué envidiable vida, en tantos aspectos, la de un hombre que ha sido exactamente lo que quería ser. Que ha estado en el seno de la familia, de la profesión y de las instituciones en que hubiera querido siempre estar. De esta correspondencia, de este ajuste casi perfecto, derivan sin duda sus éxitos que me atrevería a proclamar como inevitables”.

Todo en Miguel Abad era peculiar, hasta su forma de ejercer la caridad; tenía sus propios y particulares pobres que le visitaban regularmente, a los que ayudaba no solo materialmente, sino también escuchando sus problemas y formulando algún sabio consejo, todo ello bajo la tutela de la estatuilla de la “Pilarica” que siempre presidió su despacho.

Pero los grandes beneficiarios de esta señera figura del buen hacer, del honor y la responsabilidad, hemos sido sus alumnos y discípulos, con los que ha sido especialmente generoso, un maestro de la confianza y la amistad que nos prodigó no sólo sus conocimientos con inusitada entrega y dedicación, sino también la suficiente confianza para que creyéramos como personas y profesionales. He recibido de Miguel Abad no sólo la información del saber, sino también algo que es mucho más importante y que difícilmente se adquiere sino es a la sombra del maestro, la “intuición del saber” que te permite ser depositario intergeneracional de toda la cultura milenaria transmitida, y a la vez optimizar las decisiones formuladas y elegidas para hacer el futuro más amable. Diríamos, para entenderlo de forma sencilla, que nos regaló el libro de su ciencia pero también nos enseñó a leer o querer esa ciencia.

Su dedicación a los alumnos y discípulos ha sido “total”, en cuerpo y alma, con escasos medios pero con grandes ilusiones, capaz de transmitir todo su saber y conocimientos solamente por la ósmosis de la palabra y el ejemplo. Sus clases magistrales eran una delicia, siempre con el vaso de agua a mano para aliviar los efectos de su glositis crónica, ayudado solamente por la pizarra y la tiza, hasta que Argimiro nos anunciaba en voz alta “*la hora*”. No necesitaba Power-Point, pues le sobraba lo que realmente hay que transmitir al alumno en la clase teórica la experiencia propia vivida. Como digo, eran tiempos de pocos recursos, recuerdo con qué ilusión compró la “abodía” donde clasificaba la importante colección de diapositivas que iba atesorando. No existía la carga docente, porque enseñar no era una “carga”, ni tutorías, ni módulos, ni otras zarandajas burocráticas, sólo existía la unión entre profesores y alumnos, el ayuntamiento de lo que debe ser la verdadera Universidad. Por supuesto, la unión de Don Miguel con sus alumnos iba más allá de la mera enseñanza o investigación, siempre estaba atento a cualquier necesidad que tuvieran sus alumnos, desde proporcionarles alojamiento en las propias dependencias del Departamento (allí vivieron por ejemplo José Manuel Martínez Rodríguez, el berciano de Bembibre, o el grupo de catalanes que vivieron en las dependencias de radiología, la famosa “champiñonera”), a cualquier otra necesidad que le pudieran plantear.

Su preocupación por la formación veterinaria de sus alumnos era asombrosamente universal. Ejemplo de ello fue cuando llevó a nuestra promoción a los actos que con motivo del “Cincuentenario de la Organización Colegial Veterinaria” se celebraron en el Palacio de Congresos de Madrid. Corría el año 1973, realmente este año para nuestra profesión se conoció como el año del “Cincuentenario”. Nos alojó en un modesto Hostal, cerca de la Puerta del Sol, en el que años antes había preparado sus oposiciones al Cuerpo de Veterinaria militar. Por las noches nos vigilaba en sigilo nuestro sueño y con cariño paternal nos arropaba. Era tal su preocupación por que adquiriéramos buenas maneras y costumbres que nos llevó a Lavapiés para alquilar los “fracs” con que deberíamos ir vestidos para asistir a la cena de clausura; a casi todos en pocos minutos nos ajustaron el frac, sólo Joaquín Boix, nuestro colega de más altura, no le encontraron acomodo fácilmente, un fajín al estilo aragonés resolvió el problema. De esta forma y manera asistimos al evento con la mayor dignidad, era nuestro bautismo en las instituciones veterinarias.

Una actividad docente a la cual dedicó un gran esfuerzo y dedicación fue la Clínica Quirúrgica y Obstétrica de la Facultad de Veterinaria. Con la ayuda de los también prestigiosos profesores José Manuel Gonzalo Cordero, Laureano González Ovejero, Ángel Alonso Blanco e Isidro Gutiérrez Barrios,

se atendían tantos casos clínicos que, por supuesto, hubiéramos superado con holgura cualquier inspección de homologación europea. Era su prestigio profesional el que llenaba la clínica de équidos y otros animales domésticos.

Su dedicación a la política universitaria también es notoria, como Decano de la Facultad de Veterinaria de León (1973-1976) y como Vicerrector de la Universidad de Oviedo para los Centros Universitarios de León (1976-1978). En ambos casos sucede en el cargo a Miguel Cordero del Campillo, en la primera ocasión, como dijera el saliente, por enfermedad “no del cuerpo, sino del alma” y en la segunda ocasión, por algunas discrepancias con el rector José Caso González en relación al aislamiento de los centros leoneses con respecto a la cabecera de distrito, y la descentralización administrativa. En realidad, ambas personalidades han sido peones decisivos en la laboriosa empresa que supuso la creación de la Universidad de León, que se hizo realidad en 1979.



D. Miguel con el Dr. Merck, especialista en inseminación artificial equina.

Como muchos otros profesores universitarios se curtió luchando por la autonomía universitaria contra la dictadura ministerial. Una vez conseguida, también luchó en contra de la cada vez más pesada dictadura burocrática. No se puede juzgar la calidad de un profesor por el número de alumnos no presentados o por lo ratios del fracaso escolar. La entrañable evaluación continua que

permitía la convivencia docente de don Miguel con sus alumnos, y la pasión que le profesábamos, impedía que nos apuntáramos al mero estudio de la semana anterior al examen. Sabía muy bien transmitirnos todo aquello que de verdad íbamos a necesitar en nuestra profesión. El descubrimiento de la “tutoría” por parte del plan Bolonia es sonrojante si tenemos en cuenta que, de forma absoluta, ya la practicaban muchos eminentes profesores de la Universidad hace muchos años. Ahora, como dice Andrés Ollero Tassara (Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Por el gran pacto educativo en España (XX). Guardería Universitaria. ABC 22.12.2009, La tercera), *“las universidades están regidas por expertos en gestión que rivalizan presumiendo de ser los primeros en secundar las ocurrencias de la anónima dictadura burocrática”*.

Tuve el privilegio de hacer numerosos viajes con don Miguel, tanto por la geografía patria, como por el extranjero, con motivo de impartición de cursos, conferencias, asistencia a congresos, etc. Era un gran conversador y animador de aquellos largos viajes, con un fino humor que le hacían sobresalir en todas la tertulias. Solamente en alguna ocasión le vi quejarse de una ligera “pulsación” abdominal, que muy bien diagnosticó su gran amigo el Doctor Manuel Muñoz, como un aneurisma de aorta, lo que le salvó la vida. Siempre contaba pasajes y anécdotas de su interesante vida personal y profesional. Le educaron para ser veterinario, pasó la guerra civil en el bando republicano (Alcubierre), y a punto estuvo de engrosar la nómina de los desplazados “niños de la guerra”. Por suerte, hoy día muchos españoles visitamos las trincheras de la sierra de Alcubierre sin maldecir el bando al cual pertenecieron, dando una lección de tolerancia histórica de la cual deberían aprender muchos políticos. Todos los veranos después de finalizado el curso trabajaba con su padre, Francisco Abad Boyra, profesor de la Facultad de Veterinaria de Zaragoza, y que ejercía también el noble “arte de herrar y forjar”, herrería donde maduró una de las facetas más sobresalientes que le caracterizaba, la hipiatria. En realidad, era un admirable “sanador de caballos”; alguien dijo de él *“tiene ojos de lince y cuando mira a un caballo de carreras, le pone fuego en las patas”*. Termina su formación universitaria (1950) con el número uno, sacando ligerísima ventaja sobre su compañero Victoriano Calcedo Ordóñez. Al año siguiente, oposita con éxito al Cuerpo de Veterinaria militar, siendo su primer destino el Regimiento de Montaña de Figueras, donde permanece tres años y asciende al empleo de Capitán, pasando a Pamplona durante otro trienio. Más tarde, es destinado a la Jefatura del Hospital de Ganado Militar de Zaragoza; posteriormente, por elección, pasa a la Academia General donde permanecerá 12 años, compatibilizando su destino militar con la actividad docente e investigadora en la Facultad de Veterinaria. En 1971 cuelga la guerrera de Comandante, hace

las maletas y afortunadamente para nosotros se viene a León. Como decía Chencho (Juan Florencio Pérez García, periodista) *“dejó los vientos irritados del Moncayo para respirar hasta el desvanecimiento los del Teleno”*.

Don Miguel llega a la Universidad por vocación, muchas veces me recordó la máxima filosófica *“feliz el hombre que encuentra placer en su trabajo”*. Realmente su vocación era el estudio, la enseñanza y la investigación, es decir, la Universidad. Supo ejemplarmente compatibilizar su vocación universitaria de formación de veterinarios con la preocupación de que estos veterinarios tuvieran un ejercicio profesional impecable; no en vano fue Presidente del Colegio de Veterinarios de León, nada menos que durante 18 años (1983-2002); Consejero del Consejo General de Colegios Veterinarios de España desde 1989 a 2002, y durante ese mismo periodo Presidente del Consejo General de Colegios Veterinarios que agrupa las nueve provincias de Castilla y León.

Tuve también la suerte de recibir sus sabios consejos en los momentos más delicados de la reciente historia de España, tales como el atentado de Carrero Blanco, la muerte de Franco y la transición, el 23F o el 11-M. Como hombre de honor y de amor a la responsabilidad, manifestaba siempre una importante preocupación por España, y sobre todo por su estructura política, con especial referencia a algunas autonomías centrifugas. Es posible que su pensamiento estuviera bastante cerca de Nietzsche cuando éste afirmaba *“Las guerras hacen estúpidos a los vencedores y rencorosos a los vencidos”*, además, siempre pensaba que *“en las guerras entre hermanos no hay glorias”*.

La obra de don Miguel:

La obra de don Miguel deja una estela de un impresionante trabajo. Su legado es, al igual que su vida universitaria y profesional, difícil de resumir. Digamos en principio que la obra realizada tiene las mismas características que la propia ciencia veterinaria, por naturaleza profunda y ampliamente heterogénea. Prácticamente ha dejado un legado importante en todas las especies domésticas, incluidas aves (su Tesis Doctoral sobre la calcificación de la cáscara de las aves que le dirigió el Dr. Félix Pérez) y conejos (J.M. Rosell reconoce que ha sido uno de los pocos Veterinarios ligados a la administración que ha tenido aportaciones a la cunicultura), animales de compañía y por supuesto, los tradicionales animales de renta.

En su obra destacan las especialidades comprendidas en la Patología Quirúrgica y Cirugía, y sobre todo la Reproducción y Obstetricia Veterinaria.

Participa en la difusión y el perfeccionamiento de muchos detalles de la intervención cesárea de la vaca, por la bisectriz del ángulo formado por el pliegue de la babilla y la vena mamaria izquierda (método Vandep拉斯che), estudiando con detalle sus posibles complicaciones, desde la hernia posquirúrgica hasta las repercusiones sobre la fertilidad posterior; introduce en España el diagnóstico y tratamiento quirúrgico del desplazamiento de cuajar por el método Love.

Su contribución a la patología de las cojeras de los équidos es muy valorada por jinetes y propietarios de caballos. Su habilidad para el herraje y la aplicación del fuego, tanto en puntos como en rayas, para el tratamiento de las tendinitis es conocida y apreciada, así como su habilidad en la práctica de las neurectomías de los nervios digitales, y en general en todos los ámbitos de la podología equina. En realidad, dominaba con soltura todos los campos de la patología equina, desde la patología del ojo (en Alemania le conocían como el veterinario del *“fonendo y la linternica”*, con la que exploraba hábilmente el órgano de la vista), pasando por la patología digestiva, a la patología obstétrica, practicando también laparohisterotomías (cesáreas) con éxito. Quiero agradecer al amigo Juan Campal, el comentario que publica en su blog el día que fallece Miguel Abad.

“Además de quien hoy esto lamentablemente escribe (Juan Campal), también se han quedado tristes los caballos. Nos ha dejado Don Miguel Abad Gavín. Ellos echarán de menos a su historiador, yo los gratos encuentros que compartíamos sobre el motivo de nuestro conocimiento, la Universidad, y la más humana y dolorosa coincidencia, una espalda quejosa, y como no, su cortesía y el cariño que siempre me mostró. Que la tierra le sea leve Don Miguel”.

Hay que hacer mención especial a la colaboración que don Miguel realizó con la medicina humana, en lo que podríamos llamar los precedentes de lo que es hoy la Fundación mixta para la Investigación entre el Hospital de León y la Universidad de León. Entre otras colaboraciones caben ser destacados los estudios realizados en relación con la deficiencia de Yodo en la epidemiología del bocio, en colaboración del Dr. Manuel Muñoz, en cuya línea de investigación se encuentra la Tesis Doctoral de Lina Fernández Celadilla, laboriosa y eficaz colega, también discípula destacada de don Miguel; los de cirugía paratiroidea con los doctores Alonso y Cristino Casas y en cirugía digestiva experimental los realizados con los doctores Tomás de Francisco, el malogrado Siliceo y José Díaz-Faes. Precisamente con este último fuimos pioneros en la aplicación de los plásticos adhesivos en la cirugía mamaria del pezón de la vaca, donde los cianocrilatos proporcionan la estanqueidad

adecuada en la realización de las suturas de los frecuentes traumatismos, para su recuperación anatómica y funcional, disminuyendo notablemente el peligro de la fistulización posquirúrgica. Utilización de la laminectomía en la cirugía de los traumatismos experimentales de la médula en el perro, con el eminente neurocirujano Dr. Gerardo Florez Lorenzana. La utilización pionera en León de los aparatos quirúrgicos denominados de autosutura múltiple con el Dr. Angel Ballesteros, etc.

A partir de la creación de la Universidad de León, y llegada la necesidad de dividir el Departamento de Cirugía y Reproducción en dos especialidades independientes, opta eligiendo la Reproducción y Obstetricia Veterinaria, haciéndose cargo de la Patología Quirúrgica y Cirugía nuestro colega el Profesor José Manuel Gonzalo Cordero. A partir de este momento la mayoría de sus estudios se centran en la especialidad de la Reproducción Animal y florece al mismo tiempo, con mayor intensidad si cabe, su vocación por la Historia Veterinaria.



D. Miguel Abad con el Dr. Ramiro Mascarenhas, Co-Presidentes FIRA.

Son numerosas las contribuciones a la Reproducción y Obstetricia Veterinaria, destacando sus estudios sobre las “prostaglandinas en la reproducción animal”. Es en 1970 en que por primera vez se sintetizan las prostaglandinas, de forma y manera que comienza su disponibilidad para la investigación. La relación personal con uno de los jinetes españoles más famosos de aquellos

años, Señor Lazcano, relacionado con los laboratorios Upjohn, nos permite ser pioneros en España en el estudio de estas revolucionarias sustancias y sus implicaciones en la fisiopatología de la reproducción. En 1976 finalizo mi Tesis Doctoral sobre el efecto de las prostaglandinas F2a, E1 y E2 sobre el semen descongelado de toro, diez años más tarde leería también su Tesis Doctoral, otro de los discípulos destacados de don Miguel, el profesor Luis Anel Rodríguez, también en esta línea sobre semen descongelado de morueco. Viví de primera mano su preocupación ética y moral, cuando se da cuenta de que algunos prostanoides sintéticos, al tener un efecto luteolítico, se pueden utilizar como abortivos en la especie humana.

Muchas investigaciones han hecho referencia a diversos aspectos de la Medicina de la Reproducción, con objetivo eminentemente aplicado a prevenir y tratar diversos problemas, como son los estudios sobre la “metafilaxis” que relaciona parámetros bioquímicos y hormonales con futuras enfermedades de la reproducción, especialmente durante la época de lactación en la vaca (Tesis de Carmen Diez Monforte y Ana Sierra Toral), o bien sobre el problema de las “metrorragias” en el ganado vacuno gallego con Pedro Vila, o el estudio de la epidemiología del factor tubárico en la incidencia de la esterilidad en la vaca con Santiago Almenara. Sus aportaciones sobre la fertilidad posterior a la retención placentaria, metritis y quistes ováricos también son dignas de mencionarse.

Sus estudios sobre diversos aspectos de la Historia de la Veterinaria siempre fueron uno de sus quehaceres preferidos, vocación que se fue acentuando a medida que llegó a la plenitud personal y profesional. Ya en la inauguración oficial del curso académico 1984-85 pronuncia una elaborada lección titulada “*Introducción a la historia de la veterinaria*”; son numerosas las contribuciones específicas sobre historia de la fisiopatología de la reproducción; también es destacable un trabajo publicado recientemente sobre “*Denominación y títulos de los profesionales de la veterinaria a lo largo de la historia de España*” (Información Veterinaria: julio-agosto 2009, Pág.: 26-29), en el que pone de relieve cómo a lo largo de la historia de España, existieron más de veinte denominaciones para designar a los que se dedicaron al ejercicio de la medicina animal, de las que en el siglo XIX, nueve de ellas coexistieron al mismo tiempo. No obstante, la obra cumbre sobre sus estudios de historia es “*El caballo en la historia de España*”, cuya primera edición vio la luz en 1999, fruto de un reposado y maduro proceso de reflexión y que ya es un clásico de referencia, presentado y prologado, por los profesores Cordero del Campillo y Zorita Tomillo, respectivamente, donde comienza resaltando el paralelismo entre la Historia de la Humanidad y la de sus caballos “*la historia parece haber sido*

escrita siguiendo la ruta de los caballos”. Destaca que uno de los basamentos del máximo esplendor del Imperio Español se debe a la raza caballar denominada “española”, cuya importancia es reconocida no solamente en la península ibérica, sino también en todo el mundo. Recuerdo la vehemencia con que me explicaba, mirando al cuadro de Fabricio Castello “*La batalla de Higuera*” (galería de batallas del Monasterio del Escorial), primera gran victoria de Juan II de Castilla frente al reino de Granada, cómo las formaciones cerradas de la caballería castellana, cabalgando a la brida, eran flanqueadas por jinetes de caballos ligeros, en formación abierta, montando a la jineta, sin armadura y con lanza azagaya. Táctica que dio muchos éxitos a la caballería castellana frente al infiel invasor.

No quiero terminar esta referencia a la obra de don Miguel sin hacer mención a uno de los episodios que a mi juicio tiene una relevancia sin par, y en la que su espíritu de consenso hizo capaz la aventura. Me refiero a la creación de la Asociación Española de Especialistas en Reproducción Animal (AERA) en 1990, por fusión de otras dos preexistentes, y que de no haber intervenido don Miguel con su prestigio y buen hacer, hubiera sido imposible fusionarlas. Posibilitó igualmente en 1993 la fusión con la correspondiente asociación de Portugal para dar lugar a la Federación Ibérica de Reproducción Animal (FIRA). Presidió AERA durante 13 años con gran acierto y organizando, no sin agobios y problemas, múltiples congresos y reuniones científicas (Salamanca, 1992; Luso 1993; Murcia, 1994; Santander 1996; Estoril 1997; Lugo 1999; Oporto, 2001; y Las Palmas de Gran Canaria en 2003), que sirvieron para estimular la especialidad en todo el ámbito nacional, ibérico e internacional.

Epílogo:

Es verdad que, tal como gustaba Don Miguel decir cuando finalizaba algún acto, “*algo se muere en el alma cuando un amigo se va...*”, frase tomada de una famosa sevillana. Pero para nuestro consuelo, no es menos cierto que algo renace en el alma con el recuerdo y la vivencia de quien ha dejado un mensaje en su ejemplo de vida y profesión. Ese ejemplo admirable de Don Miguel sigue resonando en nuestras almas, con nueva modalidad y renovada intensidad, en plena sintonía con la tranquilidad que ofrece una labor bien hecha, por encima y más allá del escenario del tiempo y del espacio.

*Dr. D. Juan José Badiola Díez
Presidente del Consejo General de
Colegios Veterinarios de España*

MIGUEL ABAD Y SU PAPEL EN LA ORGANIZACIÓN COLEGIAL VETERINARIA ESPAÑOLA

Conocí por vez primera a Miguel Abad, cuando yo era un estudiante en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza, allá por los años sesenta. Recuerdo perfectamente su imagen, un día en que le vi en un quirófano rodeado de un pequeño número de estudiantes, que atendía su explicación con gran interés. Miguel Abad ya era entonces un profesor respetado y muy bien valorado por sus alumnos, ya que siempre atendía solícito todo tipo de cuestiones que se le planteaban. Yo desafortunadamente no llegué a ser alumno suyo, pues cuando comenzaba mi cuarto curso me trasladé, por imperativo familiar, a la Facultad de Madrid.

Miguel Abad pertenecía a una familia de veterinarios de raigambre zaragozana. Creo, sin temor a equivocarme, que recibió de su padre muchas de las cualidades personales y profesionales que le caracterizaban. Recuerdo perfectamente a éste, D. Francisco Abad, que había sido un afamado clínico equino en Zaragoza, cuando ya retirado de esa actividad, era responsable de la Biblioteca de la Facultad de Veterinaria, tarea a la que se entregaba con entusiasmo, esmerándose en ayudar a los alumnos que se acercaban a él en todo aquello que se le demandaba. Su cordialidad y afabilidad eran proverbiales. Disfrutaba transmitiendo toda su experiencia acumulada de muchos años de ejercicio profesional.

Cuando yo regresé como profesor a la Facultad de Zaragoza él ya se había marchado a la de León, por lo que de nuevo no tuvimos oportunidad de frecuentarnos. Fue, tras algunas coincidencias puntuales, cuando ya pasados algunos años volvimos a encontrarnos en un momento que tuvo una gran repercusión en mi trayectoria personal y profesional.

Permítaseme por ello, que haga una referencia personal de lo que para mí significó Miguel Abad. Lo recuerdo como si fuera hoy, era el verano del año 2000. Él sabía que yo pasaba mis vacaciones veraniegas habitualmente en Tolibia, un pueblecito de la montaña oriental, en el valle del río Curueño. Era a mediados del mes de Agosto, cuando recibí una llamada suya para invitarme

a un almuerzo en León, que acepté con gusto, aunque desconocía el motivo de la misma.

Tras una agradable comida, me planteó que un grupo de presidentes de Colegios Veterinarios, de los que él, como Presidente del Colegio de León, actuaba como portavoz, ante la inminencia de las elecciones a la presidencia del Consejo General de Colegios Veterinarios, habían pensado que yo podría ser un buen candidato.

La verdad, he de confesar que me sorprendió la propuesta, que yo realmente no esperaba. Y tras mi desconcierto inicial comencé a argumentarle las razones que me impedían aceptarla. Yo no era Presidente de un Colegio, acababa de finalizar mi periodo como Rector de la Universidad de Zaragoza, tras ocho largos años por lo que me sentía verdaderamente cansado, y algunas otras razones más. Pero de nada valieron ante la tenacidad aragonesa de Miguel Abad, que rebatía sistemáticamente todos mis argumentos, a la vez que apelaba a mi compromiso con la profesión, de la que pensaba yo era un significado representante.

Por mi parte le indiqué que quien debería ser Presidente del Consejo General era él, por merecimientos propios y como colofón a su larga trayectoria profesional veterinaria, a lo que él con su habitual humildad replicó que no se consideraba un candidato adecuado.

Tal fue la fuerza de sus argumentos y el respeto que yo le profesaba, que concluyó la comida y no fui capaz de dar una respuesta negativa a su propuesta, aunque me reservé como última posibilidad, la opción de meditarlo con un poco de calma en mi refugio montaños. Pero los acontecimientos se precipitaron y pocos días más tarde los Presidentes, encabezados por Miguel, ya me consideraban un candidato decidido, lo que implicó de hecho mi aceptación. Meses más tarde era elegido Presidente del Consejo por la Asamblea de Presidentes de los Colegios Veterinarios.

Por ello, puedo decir con total respeto a la verdad, que yo soy Presidente de la Organización Colegial Veterinaria Española, gracias a Miguel Abad. Lo cual le agradezco muy sinceramente, ya que para cualquier profesional, ser el presidente de su organización y representarla ante cualquier instancia, es un gran honor del que debe sentirse profundamente agradecido, y yo realmente me siento así.

Miguel Abad, además de su impecable dedicación universitaria y la dignidad de su magisterio, que le hicieron acreedor del respeto y afecto de sus

alumnos, fue un hombre comprometido con la profesión veterinaria, a la que amaba profundamente. Así lo demostró a lo largo de toda su vida. Por ello, no dudó en asumir responsabilidades en varios ámbitos, pero de manera muy particular en la organización colegial, a la que profesaba un gran respeto. Y lo hizo movido no por la vanidad, sino como un acto de servicio.

Como es bien sabido, fue Presidente del Colegio de Veterinarios de León durante cerca de veinte años y Presidente del Consejo Autonómico de Colegios Veterinarios de Castilla y León, tras su creación. En ambas responsabilidades, siempre se esmeró en representar y defender con total entrega y dignidad a la profesión veterinaria y a todos y cada uno de los colegiados que llamaban a su puerta y de los que de inmediato se convertía en su valedor.

En todas las circunstancias y ámbitos en los tuvo que hacerlo, defendió sus argumentos con tenacidad, pero con suma elegancia y caballerosidad. Por ello, siempre contó con el respeto y aprecio de sus interlocutores, ya fueran de la administración, ante la que defendió con firmeza los intereses de la profesión veterinaria, o ante cualquier otra instancia de la que se tratara.

Era también un hombre de concordia, que ponía de manifiesto ante cualquier litigio que surgiera en el seno de su colegio o en otras instancias. Y también era un hombre serio y responsable en sus decisiones de gestión, de las que siempre hizo gala, y a la vista están lo impecable de sus actuaciones.

Miguel Abad ha sido un hombre cabal, responsable, generoso, servicial, humano, serio y, en definitiva, un caballero en el sentido más noble de la palabra. Por ello, la Organización Colegial Veterinaria Española guarda de él un recuerdo imborrable, se siente agradecida a su contribución y le considera como uno de sus miembros más distinguidos.

Dr. D. José Ángel Hermida Alonso
Rector Magnífico de la Universidad de León

CLAUSURA DEL HOMENAJE AL EXCMO. SR. DR. MIGUEL ABAD GAVÍN

Orgullosa y feliz. Probablemente estos sean los adjetivos más adecuados para describir los sentimientos de Don Miguel Abad Gavín ante este acto de homenaje en el aniversario de su nacimiento.



Orgullosa y feliz porque éste no ha sido únicamente un acto de reconocimiento al servicio generoso que prestó en distintas Instituciones, ni ha sido una simple exposición de los múltiples méritos que coronan su *curriculum*. Quienes me han precedido en el uso de la palabra han puesto de manifiesto, con cariño e inteligencia, que este homenaje es, ante todo, un acto de reconocimiento a la persona y un acto de gratitud.

D. Miguel era Catedrático Emérito cuando le conocí, y yo un profesor, que impartía Estadística en la Facultad de Veterinaria, con muy poca antigüedad en esta Universidad. Con el trato personal y el paso del tiempo, me di cuenta de lo certera que era la imagen que previamente me había transmitido la Dra. Fernández Celadilla sobre su Maestro.

Entre las muchas cualidades que D. Miguel poseía, la que más me impactó fue su bonhomía. En efecto, era una persona que había obtenido los mayores éxitos en diversos campos (por ejemplo, como universitario fue Catedrático de Universidad en 1970, Decano de la Facultad de Veterinaria en 1973 y Vicerrector de la Universidad de Oviedo en 1976) que, en su comportamiento diario, tenía una afabilidad y una sencillez francamente encomiables, y que transmitía sus profundos conocimientos de una forma natural y sin estridencias.

Este es también un homenaje a María, la esposa de D. Miguel, de quien recientemente, por una de esas casualidades que tiene la vida, he conocido en persona su humanidad y generosidad de espíritu.

Disfrutemos de la obra y del recuerdo de D. Miguel Abad Gavín.

ANEXOS

Francisco Abad Valcárce

Miguel Abad Valcárce

El Profesor Miguel Abad Gavín, conocido por todos como “Don Miguel”, falleció en León el pasado día 4 de Enero de 2010. Apenas unos pocos meses después, los que le conocimos sentimos propias las palabras de François Mauriac: *“La muerte no nos roba a los seres amados. Al contrario, nos los guarda y nos los inmortaliza en el recuerdo”*. Si me permiten, a continuación intentaremos expresar una pequeña muestra de ello en forma de breve recuerdo de su trayectoria vital. Sirvan estas líneas no como una exhaustiva descripción biográfica, sino como unas suaves pinceladas en un lienzo mucho más amplio y completo.

Heredero de un importante apellido

Miguel Abad Gavín nació el 21 de Mayo de 1926 en Monzalbarba, un barrio a unos 7km de Zaragoza situado sobre la margen derecha, aguas arriba, del río Ebro. Para Francisco Abad Boyra, veterinario, y Juliana Gavín Español, maestra, Miguel representó el primer hijo de su matrimonio, y la posibilidad de continuación de una larga saga familiar. No en vano, los apellidos Abad Boyra se vinculan con la sanidad animal desde finales del siglo XVIII, por lo que la ilusión de los padres por el nacimiento del pequeño sólo fue superada por la que manifestó expresamente su padre por ver la posibilidad de aportar una sexta generación de profesionales a la saga de veterinarios y albeytares.

Pese a ser una época difícil, con clima político cambiante y economía prácticamente de subsistencia, en la casa de la familia Abad se respiraba un entorno agradable. Con cariño recordamos aquella anécdota que nos relató de cuando tenía apenas dos años y los domingos insistía a su madre para que le llevara a la ermita situada a las afueras del pueblo para esperar a su padre (quien llegaba de Zaragoza tras asistir a la corrida de toros), con el objetivo de que éste le subiera a la parte anterior de la silla de su caballo y recorrieran así juntos el camino de vuelta a casa. De esta manera comenzó su relación con el caballo, animal con el que compartió tantos sacrificios como éxitos a lo largo de su vida.

Como tantas veces nos contó, su padre Francisco Abad Boyra fue un brillante clínico de la especie equina y un reconocido especialista en cojeras, publicando numerosos trabajos en estas áreas, además de su tesis doctoral “La alteración del punto de apoyo en las extremidades de los solípedos: valoración y significación clínica”, editada en la Universidad de Zaragoza en el año 1966. Gran aficionado al toro bravo, durante años colaboró como columnista para el Heraldo de Aragón, donde explicaba con detalle diferentes aspectos de la lidia

de la época. En una de sus columnas “El honor de la alternativa”, llama la atención su defensa de la ceremonia de la alternativa como evaluación integral de la capacidad y competencia del matador de toros, frente al simple festejo sin contenido entre principiantes y apoderados en el que se estaba empezando a convertir. En alguna ocasión llevó a la plaza a su hijo Miguel, quien ya desde los primeros momentos no vivió la fiesta nacional de la misma manera que su padre (imagen 1)



Colaborador del Colegio de Veterinarios de Zaragoza, donde estuvo inscrito toda su vida, durante los años 60 “Don Paco” también participó con asiduidad en su boletín informativo del Colegio, donde ocasionalmente gustaba de escribir proverbios. De ellos recordamos uno en especial de La Rochefoucauld que siempre le gustó a mi padre: *“La verdadera señal de haber nacido con grandes cualidades es la de haber nacido sin envidia”*.

Los primeros años en Zaragoza

En 1928, tras el nacimiento de su segunda hija Elena, “Don Paco” obtuvo la plaza de inspector municipal veterinario en el mercado central de abastos de Zaragoza, por lo que la familia decidió dejar Monzalbarba y trasladarse a la capital aragonesa. Al llegar allí se asentaron en la calle Sobrarbe, en el barrio del Arrabal, en la misma casa y herradero que durante años habían sido de sus padres. Don Paco es recordado en los ambientes aragoneses por haber sido el responsable de higiene y seguridad alimentaria de todos los alimentos vendidos en el mercado central de Zaragoza desde 1930 hasta 1965; pero también porque a partir de 1933 simultaneó su plaza municipal y su labor en la clínica con la docencia en la Universidad, llegando a ser profesor adjunto en la Cátedra de Patología Quirúrgica, Operaciones y Obstetricia, junto a renombrados

Catedráticos como Don Cristino García Alfonso, Don Ángel Español o Don Félix Pérez y Pérez.

En los siguientes años nacieron en Zaragoza sus otros dos hijos, Francisco y María Pilar, manteniéndose la tradición familiar que durante más de dos siglos bautiza a los hijos varones con el nombre del padre o del abuelo (es decir, Miguel o Francisco). En aquellos años nuestro padre comenzó a ir a la escuela, al Politécnico primero y a los Escolapios después, pasando los veranos junto a sus hermanos y tíos en el pueblo natal de su madre (Alcubierre, en la provincia de Huesca) mientras sus padres continuaban trabajando en Zaragoza. Así también se encontraban el verano de 1936 cuando estalló la guerra civil y uno de los frentes más duros se estableció en lo alto de la Sierra de los Monegros. Mi padre y sus hermanos, en Alcubierre, fueron obligados a permanecer separados de mis abuelos, en Zaragoza, durante la práctica totalidad de la guerra civil.



Durante estos años mi padre y sus hermanos vivieron en el monte, esparcidos en casas de campo, por lo que una vez terminada la guerra civil, mi padre tuvo que esforzarse sobremanera en la escuela para recuperar los años perdidos de escolarización y poder continuar el camino de sus antecesores, ingresar en la Escuela (entonces empezaba a denominarse ya Facultad) de Veterinaria.

Durante los años de Universidad destacó en prácticamente todas las asignaturas, las cuales cursó con ilustres profesores como Don José Jiménez Gacto, Don Jesús Sainz y Sainz Pardo, Don Indalecio Hernando, Don Eduardo Respaldiza, Don Félix Gil Fartún o Don Ángel Español. Todos los veranos de esta época los empleaba trabajando en la clínica y taller de herrado de su padre, quien tras quedarse huérfano siendo muy joven siempre tuvo muy presente que

saber herrar fue lo que le permitió salir adelante en los momentos de dificultad económica, por lo que enseñó a todos sus hijos varones los pormenores de este arte, en previsión de que el futuro les deparara algo semejante. Lógicamente estas enseñanzas contribuyeron a que nuestro padre llegara a ser el extraordinario podólogo que durante tantos años pudimos disfrutar.



Ejemplo de vida militar

Una vez terminada la carrera dirigió sus pasos profesionales hacia la veterinaria militar, aprobando la oposición en Madrid a finales del año 1950 y pasando por diversos destinos (Figueras, Pamplona y Zaragoza, Hospital de Ganado y Academia General) hasta alcanzar definitivamente el grado de Teniente Coronel. Logró muchos éxitos y condecoraciones a lo largo de su vida civil, pero siempre mantuvo intacto su cariño y respeto hacia un ejército con el que compartió ejemplo de disciplina, coraje y autoridad.

Paralelamente, en 1953 consiguió por oposición la plaza de Inspector Municipal Veterinario, aunque pidió inmediatamente su excedencia para poder continuar con su vocacional carrera militar, desde la que continuó contribuyendo al panorama científico civil de la época con múltiples estudios e investigaciones. Como Oficial del Ejército realizó variedad de publicaciones e impartió diferentes asignaturas en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza, donde completó con éxito su doctorado en el año 1960 bajo la tutela académica de un gran profesor

y amigo de la familia, Don Félix Pérez y Pérez. Los siguientes fueron años de compaginar vida civil con militar, multiplicando su labor docente en sendos ámbitos, y creándose el prestigio profesional que marcó toda su trayectoria.

Aunque Don Miguel siempre estuvo muy orgulloso de sus raíces aragonesas, el destino quiso que no fuera allí donde desarrollara en plenitud su carrera académica. Estando como Capitán Veterinario y docente en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza, salió a oposición la Cátedra de Cirugía y Reproducción de la Facultad de Veterinaria de León, la cual obtuvo con lores en el año 1970, trasladándose poco después a esta ciudad, que lo albergó enseguida entre sus personalidades más queridas y respetadas.

En León, su ciudad de acogida

Poco tiempo después de instalarse definitivamente en León, la Facultad de Veterinaria le nombra Decano, puesto que desempeña eficientemente desde 1973 a 1976, y desde el que es seleccionado por Don José Caso González (Rector Magnífico de la Universidad de Oviedo, de la que por entonces dependía León) para dirigir como Vicerrector todos los centros universitarios de la provincia. Desde su posición participó de manera activa en la fundación de lo que hoy conocemos como Universidad de León, la cual en reconocimiento le concedió su Medalla de Oro años más tarde (2003).

En esta época fue también cuando conoció a María, su mitad, con la que compartió matrimonio y dos hijos. Su familia fue siempre su principal debilidad, claro ejemplo de su sólida escala de valores. Hace pocos días recordábamos una de las frases que repetía con asiduidad, “Nada en esta vida es más importante que un sarampión de tus hijos”.

Fueron muchos los que participaron de sus enseñanzas como Catedrático de Cirugía y Reproducción de la Facultad de Veterinaria, y con su categoría humana y profesional aportó una parte significativa del prestigio que alcanzó esta Institución Universitaria Leonesa. Consecuencia de ello, en 1983 fue elegido Presidente del Colegio Oficial de Veterinarios de León, cargo que desempeñó incansablemente durante más de 19 años, lo que constituye el período más largo que alguien ha gobernado esta Institución Colegial. Durante una parte importante de este período, desde 1989 al 2002, combinó también la presidencia del Consejo General de Colegios Veterinarios de Castilla y León, desde el que actuó como experto consejero del Consejo General de Colegios Veterinarios de España.

Fundador y Presidente de Honor de la Asociación Española de Especialistas en Reproducción Animal, fue condecorado con la Cruz Blanca del Mérito Militar, la Medalla al Mérito Agrícola, la Cruz de San Ermenegildo y la Encomienda de la Orden al Mérito Agrario, Pesquero y Alimentario. Catedrático Emérito de la Universidad de León desde 1991 y Presidente de Honor del Colegio Oficial de Veterinarios de León desde 2003, es considerado uno de los mayores exponentes de la profesión veterinaria española, y sin duda alguna, el mejor padre que hemos podido tener.

Te recordaremos siempre, por lo que fuiste, por lo que significas y por lo que te quisimos.



D. Miguel al inicio de su carrera militar. Año 1951



D. Miguel con el grado de Capitán



Alrededores de la Academia Militar de Zaragoza



Celebrando los 25 años de su promoción. Año 1976



En el Colegio de Veterinarios



En la Iglesia de S. Marcos en la celebración de S. Francisco



Nombramiento de Pastor Mayor en Barrios de Luna. Año 1996



Entrega del premio “Laboratorios Syva” a la mejor Tesis doctoral en Sanidad Animal. Año 2004



D. Miguel con Angel Morán. Festividad de S. Francisco



D. Miguel con Emilio Arizaga. Festividad de S. Francisco



D. José Luis Teresa Heredia (Presidente del Colegio de Veterinarios de León) entregando el diploma de Colegiado de Honor a D. Miguel. Año 2002.



D. Miguel impone la insignia de Colegiado a su hijo Miguel. Año 2005